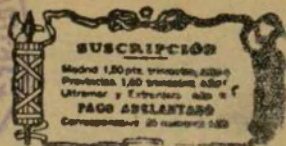




EL MOTÍN



Año XXXIII—Madrid, Jueves 17 de Julio de 1913.— Núm. 29.

SUSCRIBIR:
Rivadavia, 1905
BUENOS AIRES

Cómo estamos

Hay días en que, sin explicarse uno el motivo, y sin que ningún suceso nuevo haya venido á influir en el ánimo, se ven las cosas de distinto modo que el día anterior. Y hoy me pasa eso á mí: veo todo lo que ocurre en el republicanismo de distinta manera que ayer.

Y como no tengo plan preconcebido ni otro propósito formado que el de manifestar mi opinión, y ya lo he hecho, estoy dudando en este instante si daré por terminada esta aventura, ó proseguiré descargando golpes sobre los tres feroces y desalmados gigantes exrevolucionarios, que se mueven a todos los vientos como las aspas de aquellos célebres molinos manchegos.

Si no fuese porque no me fio de mí mismo en este punto, y no sé si más adelante entraré nuevamente en ganas de enfrascarme en la lectura de los libros de caballería republicanesca que me sorbieron siempre el seso, quizás me atreviera á jurar aquí que no volveré á meterme en si los Haldudos (los jefes) pagan ó no las soldadas (las promesas) á los Andrees (los republicanos) y tras no pagárselas, los apalean y se les burlan encima; mas, lo repito, no me atrevo, por si un día me diese la ventolera por subirme otra vez sobre Rocinante, requerir la lanza y allá te vas por esos mundos de bachilleres Carrascos (hombres prácticos) en busca de pedradas de galeotes y palos de yan-güeses.

Porque, caballeros, hay que fijarse bien en lo que viene ocurriendo en el partido desde Octubre de 1909, y que voy á recordar aquí á grandes rasgos.

Nunca nos hemos entendido de veras, dicho sea sin adular á nadie; pero lo que es desde esa fecha, menos que nunca.

Se forma la Coalición para impedir la vuelta al poder de Maura y La Cierva, comprometiéndose todos ¡hasta Azcárate!, á traer la República á cintarazo limpio; forman luego los radicales rancho aparte, y se establece entre las dos Arrendatarias de la Revolución tal pugilato, por si yo hago más que tú, ó yo soy quien la va á traer, ó conmigo no hay competencia, que hubo momento en que nos entusiasmos tanto los bobos del patío, que hasta pensamos encontrarnos de la noche á la mañana, no con una República, con dos por lo menos.

Viene luego aquello de las aguas de Barcelona, y por si eran mayores ó menores, se abre en el Congreso aquel cam-

peonato de moralidad y honradez que tanto gusto dió á los monárquicos, y que se extendió luego á nuestra prensa y á nuestros mítins, produciendo aquel derroche de frases vergonzosas entre conjuncionistas y radicales.

Más tarde Melquiades, encaramado sobre el pedestal de Castelar, declara con tonos de Dantón de poca talla, guerra implacable á la Monarquía; y Juan Lanús se entusiasma y lo aplaude y lo glorifica. Esto le hace sin duda pensar á Melquiades con más vehemencia que antes en que él puede ser el restaurador de la República si forma un partido, y lo confecciona á cinco duros cubierto en el *Ideal Rum*.

Empieza á correr el rum rum de que el ideal va á encarnarse, pues Melquiades conspira de firme y busca con incansable afán elementos revolucionarios de todas clases y por todas partes, y hay ya quien se lo figura enhiesto gallardamente sobre brioso alazán, ostentando el penacho de que habló en su discurso, y cayendo como rayo exterminador sobre los monárquicos, que huyen presa de explicable pavora ante aquel improvisado derribador de Monarquías seculares.

En su afán de eclipsar revolucionariamente á Lerroux, que había descubierto la panacea infalible y nada fatigosa, de *hacer un poquito de revolución cada día*, (frase que recordaba aquella otra tan célebre en el periodismo, de: *lenta pero continua desaparición de la Media Luna del occidente de Europa*), Melquiades arremete furiosamente contra Canalejas, su antiguo socio comanditario en la *Empresa de Liberalismo* titulada *El Bloque*, y así acrece su fama de revolucionario tremebundamente terrible.

Es asesinado Canalejas; Maura escribe su carta famosa al enterarse de que no sube al poder como pensaba; los radicales comienzan á ufanarse de que á ellos se debe el que no haya subido; los conjuncionistas ídem de lienzo; y en esto cae como una bomba en el campo republicano la noticia de que el archivo de toda sabiduría, Azcárate, acompañado de su santidad, su honorabilidad, su *eximiedad* y su *integerrimidad*, ha ido á Palacio y de partido con el Rey, saliendo encantado de su ilustración y su democracia.

Habla á poco Melquiades, no recuerdo si en Alcázar, y lanza en un mitín un víva entusiasta al rey, cual corresponde á todo revolucionario de alma y corazón bien templados, y se recrudece entre nosotros la marimorena, y las escogidas y diplomáticas palabras traidor, vendido, transfuga, en dulce consorcio con las de miserable, canalla y vívidor entran de nuevo en escena.

Llega el 11 de Febrero, y aquel formidable debelador de tronos, Melquiades (Alvarez de apellido), vitorea nuevamente al rey; y desde aquel día no deja transcurrir ni uno sin recordar á los monárquicos que El existe, y que está en disponibilidad de sacrificarse por el bien de su patria.

Suena, por fin, en el reloj de los sucesos trascendentales la hora de hablar los tres señores de autos en el Congreso con motivo del debate político, y cada uno pone á los pies del trono lo siguiente:

Alvarez, su persona.

Azcárate, su benevolencia.

Lerroux, su intransigencia revolucionaria.

Y esto es lo ocurrido, y de este modo estamos, así quieran hacer ver lo contrario los jefes y los socios de las dos, hasta hace poco, Arrendatarias de la Revolución.

Y estando así, es de toda urgencia que vayan los republicanos de provincias organizándose autónomamente, para reunirse después en Asamblea. Es la única salvación.

Si; hay que borrar con ese acto viril las torpezas y las farsas de los cuatro años últimos; hay que devolver al partido la fuerza que le han quitado las amenazas ridículas, las benevolencias interesadas; hay que desvanecer hasta el recuerdo de las necesidades que hemos hecho y propalado: fueron tantas, que hasta pusimos en evidencia al eminente novelista Pérez Galdós aclamándole como Presidente de la República con no sé cuántos años de anticipación.

Eso, si; á compás de estos desaciertos y estas torpezas perdimos las elecciones, el clericalismo crecía, la guerra se reanudaba, los impuestos aumentaban, los requetés se organizaban y nos asesinaban correligionarios en ciudades republicanas; unos jefes combatían ferocemente á Canalejas; otros se ponían decididamente á su lado; y en los mítins se cruzaban frases equívocas sobre achaques de moralidad entre Melquiades y Lerroux, mientras sus respectivos partidarios se desgañaban dando vivas, cuando no se insultaban, cuando no se agredían, cuando no se mataban...

Y corto aquí, porque no acabaría si á enumerar fuese todo lo perjudicial ó necio que hemos hecho, y todo lo conveniente y acertado que hemos dejado de hacer.

Y término repitiendo:

«Republicanos: organizáos por provincias.»

¡Siniestra profecía!

Ninguna de las grandes decepciones de la leyenda y de la Historia, desde la de la mujer de Putifar al ver que mi tocayo escapaba á sus encantos dejándose la capa, hasta la de César al recibir la puñalada de Bruto, podría igualarse en inmensidad ni intensidad á la que recibiría Melquiades, si después de sus elocuentes memorias al trono para que á su servicio lo admita, ocurriese lo que Romanones anuncia allá para Octubre, fecha en que las brisas otoñales esparcen por el ambiente el delicado aroma de las últimas flores.

La Prensa ha dicho, refiriéndose á manifestaciones que el Conde ha hecho:

«Estima el presidente del Consejo de ministros, ha dicho la Prensa, que, al agotarse la vida del ministerio por él presidido á fin de Octubre ó principios de Noviembre, no queda otra solución que el llamamiento á los consejos de la Corona del partido conservador. Único capaz de constituir un Gobierno fuerte, que haga el llamamiento á los comicios para elaborar el instrumento legislativo que acaba de inutilizarse. Entiende también que la fábula levantada por los adversarios de la conservaduría sobre la base de supuestas incompatibilidades entre el monarca y el jefe ilustre de esta agrupación no tiene razón alguna de existencia, y desaparecerá como el humo ante la realidad, llegado que sea el instante decisivo. Hállase de tal manera convencido el jefe del actual Gabinete de que el Sr. Maura dirigirá la elección municipal del 17 de Noviembre, que labora para el porvenir, contando ya con este obligado factor.»

Al acabar de leer esta semiprofecia del español que en mejores condiciones está hoy para hacer las de esta clase, sentí la impresión profunda que en mi ánimo producen todos los grandes infortunios, lo mismo los reales que los inventados.

Yo, que he sentido con Adán la pena de salir del Paraíso, aun cuando se la mitigase la alegría de verse acompañado por una hembra de primera (la primera de las hembras).

Yo, que he rugido y blasfemado con Prometeo y sentido la sed con Tántalo. Yo, que he llorado con Hernán Cortés ingratitudes regias, y con Napoleón sentido nostalgias de triunfos homéricos.

Yo, que toda desgracia ajena héla considerado como propia; todo sueño desvanecido, como si hubiéralo yo halagado; toda esperanza perdida, cual si de mí pecho la arrancasen...

¿Cómo no ser presa de desconsuelo infinito, al pensar que la venida de Maura, si tal acontecimiento infauso ocurriera, desvanecería los sueños y las esperanzas del inclito asturiano, obligándole á exclamar con la lechera de la fábula, en el tono desconsolado de las angustias supremas?

¡Adios leche, lechón, vaca y ternero!

¡Oh! ¡Sería horrible!
¡Naufragar en la orilla!... ¡Tener acorralado al ciervo y ver que escapa!... ¡Oprimida en la mano la anguila, y notar que se escurre!... ¡Sujeto el pájaro por la cola, y quedarse con las plumas!

¡Estar acicalado y compuesto para correr al templo á unirse en lazo eterno con la mujer amada y recibir la noticia de que se ha fugado con otro!...

¡Abrir el testamento en que se nos lega una fortuna, y encontrarse con que ha sido modificado en favor de un jesuita!...

¡Aguardar la extremaunción para salvarse, y lanzar el último suspiro sin que haya traspasado el dintel de la alcoba el sacerdote!...

Desventuras desesperadoras son éstas... ¿Mas qué valen ni qué significan, comparadas con la que sufriría Melquiades en tal caso?

Haber sacrificado para entrar en Palacio su historia, su convicción, su lealtad, el respeto á sí propio, todo cuanto constituye el bagaje moral del hombre político!...

Haber tantas veces pedido á la elocuencia recursos para disfrazar su pensamiento; al entendimiento sofismas para argumentar falsamente; á la memoria olvido para no evocar recuerdos de afirmaciones anteriores... Y todo para dar con desembarazo el salto mortal sobre el abismo, abismo en cuyo fondo le aguardan, si no mide bien la distancia, la vergüenza del fracaso, la tristeza del vencimiento, la bafa de los émulos, la carcajada de la opinión... Y para que su desventura sea colmada, ver que su enemigo más odiado, el que él flageló tan furiosamente, Maura, en fin, es el elegido por el hado fatal para colocarse en las puertas de Palacio y gritarle: *de aquí no pasarás!*...

¡Ah! ¡Esto traspasa los límites de lo humano!... ¡Esto resume en un solo grito los dolores de cien generaciones!... ¡Esto es una tragedia de Esquilo!... ¡Esto necesitaría un Víctor Hugo para ser cantado!...

¡Pobre Melquiades!

Si á su poética Asturias, teatro de sus triunfos primeros en política, y donde ahora reposa de su rudo batallar patriótico, llegase por desgracia el rumor de la profecía de Romanones y el frío del desencanto mayor que los siglos vieron, helase en sus venas la sangre que en tiempos ofreció derramar por la República, ruégole que no se entregue á una desesperación suicida, que pudiera truncar para siempre el glorioso porvenir que aún pueda aguardarle en esta patria querida.

Si en lo federal no halló puesto á la altura de su grandeza, ni en lo demagogo campo á su ambición justificada, ni en la Conjunción jefatura, ni en el socialismo acogimiento, ni como hombre de orden fué comprendido, ni como revolucionario secundado, ni como monárquico liberal admitido, no abandone por esto su alto y noble empeño de imitar á su

paisano D. Pelayo, haciendo volver de su desmayo á España.

¡Lisardo, en el mundo hay mas!

Si; aun le queda á su esperanza un resquicio; todavía tiene una puerta á qué llamar...

Don Jaime no rechaza eminencias.

¡Al carlismo, Melquiades, al carlismo!...

JOSE NAKENS

Recargando

A las declaraciones de Romanones apuntadas en el artículo anterior, hay que añadir las siguientes:

«Para el conde de Romanones no resulta transcendental ni mucho menos la evolución de los republicanos reformistas; por entenderlo así, no se prestó á realizar en las Cortes la apoteosis teatral que muchos correligionarios esperaban. Conozco muy bien— exclama— lo que hay detrás de este movimiento; el Sr. Alvarez es un solitario en política, y los elementos republicanos á quienes pueda arrastrar ni siquiera pesan un adarme; sería, pues, temeridad que los liberales sacrificáramos en obsequio suyo nuestra historia y las posiciones alcanzadas después de veinticinco años de constante pelea. La adhesión del ilustre orador republicano no vigoriza el régimen; él es quien, mediante el contacto, quedará vigorizado; porque tengo este convencimiento, repito ahora, frente á la evolución, la frase célebre que pronunció el señor Maura cuando se le aproximó D. Angel Urzáiz:—Recibo con verdadero agrado al hijo pródigo, pero no mato el cordero.»

Por lo que se ve, Romanones siente hacia Melquiades el mismo entrañable afecto que Melquiades sentía por Canalejas, y no perdona ocasión de demostrárselo.

Y el caso es que hay que darle la razón. Si Melquiades, al preparar la red para cazar republicanos, hubiera conseguido llenarla, y se presenta á la Monarquía con un partido grande por el número y superior por la calidad, no tendría razón Romanones; pero no llevándole más que lo que le lleva ¿con qué derecho pretende colocarse el primero, habiendo llegado el último? Esa teoría se queda para las cosas del cielo; pero en la política no encaja. En ella la escala cerrada es preferible.

En fin, allá ellos.

De lo que si quiero felicitarle, es de que Melquiades haya empezado á tocar ya algo de lo que le espera dentro de la Monarquía; la repulsión que acompaña lógicamente á todo el que se resella.

Esto fué siempre, y es y será. La culpa busca la pena, y no se pescan truchas á bragas enjutas.

LOS QUE NO HABLAN

En el Parlamento, en reuniones, en periódicos, en entrevistas con el jefe del Ministerio, hasta en sofismas hablaron todas las fuerzas políticas de España. ¡Oh paradoja! calló y calla precisamente la

que más influye en la gobernación del Estado desde Julio de 1909. Esta fuerza es el sindicalismo, acaso inconsciente de sí mismo, tal vez caótico.

Es fuerza incoercible, fuerza sin prohombres, fuerza de acción multiforme y renovada que se manifiesta con total espontaneidad. Sobre una parte de ella—menor de lo que puedan decir los números si no coinciden los anhelos y los pensamientos, mayor si hay coincidencia—tienen influjo los socialistas y, por tanto, su genuino representante Pablo Iglesias;—sobre otra parte de ella—ésta localizada y más reducida cada día—influyen los radicales.

Afortunadamente, esta fuerza en su integridad no está sometida á hombre alguno ni sujeta á bandería; afortunadamente—repetimos—porque así es lo inesperado, lo desconocido, lo imprevisto, lo incontrastable, una parte del pueblo siempre en armas, inaccesible á la vigilancia, á la sorpresa, á la destrucción y al soborno.

Vigilando á los políticos, un gobierno puede presumir lo que preparan, si algo preparan; mas ¿cómo vigilar ni seguir de cerca á los elementos que carecen de personajes, hasta de hombres más ó menos representativos? ¿Quién es capaz de prever los movimientos de un ejército sin caudillos?

En todo movimiento colectivo con fin político se registra el nombre de un hombre; en los movimientos sindicales, no; y querer encontrar al hombre, pensar haberle encontrado y sacrificarle, fué el tremendo yerro de los conservadores en 1909. ¡Si precisamente la esencia de estas fuerzas es esa: carecer de jefe! Como que caudillaje y sindicato obrero son conceptos absolutamente incompatibles.

¿Pruebas? Va un exministro conservador á la Coruña; la masa sindical—que no es ni socialista, ni anarquista, ni republicana, aunque en ella haya republicanos, anarquistas y socialistas—, se concentra en horas y realiza un acto que coloca fuera de la posibilidad de ser Poder al aludido exministro. Quizá un investigador encuentre algunos nombres propios entre los iniciadores de la protesta, pero tal vez estos nombres no sonaron antes, y acaso no volverán á sonar más. El sindicalismo es la muchedumbre orgánica en acción.

Puede ocurrir todo. Que se desquicie más y se debilite el republicanismo partidista; que el partido socialista, en lugar de seguir su lenta y firme ascensión, se quebrante; pero siempre quedará latente la fuerza sindical—que tampoco se computa por el número de afiliados—, siendo veto inapelable para toda política que se asemeje ó acerque á la de Agosto á Octubre de 1909, siendo impulso para todo movimiento de avance. Haciendo suya la frase de un político, esa fuerza podría decir que contra ella no se puede gobernar hoy en España.

Y aquí, en esta España de derechos falseados—más por culpa del abandono de los ciudadanos que por los abusos del

Poder y las trapacerías de los políticos—tal fuerza es aún más temible que en otros países, precisamente porque sus actos son manifestaciones incontrastables, palmarias, de opinión, y no lo son, encambio, unas elecciones generales.

Hoy el Sindicalismo es la huelga general en potencia. Si hay represión, la huelga general segura en Barcelona, Coruña, Zaragoza, Gijón, y acaso en Valencia, Sevilla y Málaga; si coinciden sindicalistas y socialistas, la huelga general también en Vizcaya, Asturias, Galicia, Valladolid, Madrid, Levante; si además coinciden los republicanos, en Extremadura, en casi toda Andalucía...

El Sindicalismo no va á instaurar la República; pero, no lo olvidemos, gobierna desde 1909. El error capital del señor Canalejas, el crasismo del actual Gobierno consistió y consiste en no ver que teniendo detrás esta fuerza—no como aliada, sino como propulsora—, todos los radicalismos son tan posibles como imposibles las regresiones. El error ha sido pensar que los agentes ó elementos de opinión acaban por la izquierda en la conjunción y los radicales.

Tiene además esta fuerza la enorme, la imponderable ventaja de ser insaciable y también inaccesible é insensible á los conceptos «moderación» y «sensatez». A una fuerza política, el jefe, el hombre delegado por la voluntad de todos, puede un día llegar á contenerla en la acción con el jocosos y expresivo «ciudadanos, no empujar»; al Sindicalismo no se le reduce sino con la libertad, y no de otro modo, porque aun destruídas las organizaciones renacen en meses, en semanas, en días...

Esta es la fuerza que no ha hablado, quizá porque su voz es la acción, y para ella no hubo caso.

¡Y ojalá no le haya!

J. J. MORATO

¿Hay manera de salir del cepo de la Iglesia?

Córdoba 5 Julio 1913.

Sr. D. Segismundo Pey Ordeix Madrid.

Muy señor nuestro y distinguido correligionario: Los que tenemos el gusto de dirigirnos á usted somos librepensadores, antirreligiosos y enemigos por consiguiente de todas las iglesias y religiones, y claro está que todos nuestros actos queremos efectuarlos fuera por completo de todas ellas.

Consecuentes con esta nuestra voluntad de franca y abierta rebeldía contra la Iglesia, deseamos separarnos de ella, abjurando de su religión y de paso hacer constar que no aceptamos ninguna de las muchísimas establecidas en la Tierra; pero esta abjuración queremos hacerla en vida, públicamente y de manera oficial con todas las derivaciones y consecuencias que procedan dentro de ese Derecho canónico que ella ha inventado para su uso y provecho, consignándola en cuantos documentos precisos sean para que la Iglesia se dé por notificada legalmente de nuestra separación y en su consecuencia nos provea del documento en que así conste.

No fiamos, sino muy relativamente, en la eficacia del testamento ológrafo, pues no pudiéndolo cumplimentar el propio interesado, cabe, como ha sucedido en el tristemente caso de Morote, que los amigos ó la familia no cumplan nuestra voluntad, y por esta razón es por la que queremos, si es que puede ser, que conste en la Iglesia nuestra separación de sus dogmas y ritos para que no pueda deshonrar nuestros cadáveres, ya que hasta ahora, de vivos, no ha podido conseguirlo.

Hemos consultado con algún abogado sobre esto y nada concreto, en definitiva, nos ha contestado.

¿No existe ningún medio, manera, fórmula ó como se llame, para evadirnos de la odiosa Iglesia, y que tengamos en esta nuestra vida la certeza de que no ha de deshonrarnos después de muertos ni ha de profanar nuestra tumba?

Nadie en España tan autorizado y competente como usted para dar contestación á esta nuestra pregunta; por eso se la dirigimos, porque tenemos plena confianza en que usted nos dirá la verdad sobre este asunto.

Así pues, le rogamos tenga la bondad de indicarnos las disposiciones legales tanto del Derecho civil como del canónico en que hemos de apoyarnos para conseguir nuestro ansiado objeto.

Dispénsenos usted esta molestia que le producimos aunque no sea más que en gracia á la buena intención que nos guía.

Tenemos la honra de ofrecer á usted nuestra amistad sincera y somos de usted muy afectísimos s. s. y correligionarios que estrechan su mano y le desean salud y Progreso en unión de sus amadas hija y esposa

RAFAEL GONZALEZ REQUENA

PATRICIO DE LA CORTE AGUILAR

Respuesta

Compañeros de patria y de cautiverio: ¿Les voy á decir que es una vergüenza que haya en el siglo XX una nación en Europa con un derecho público constituido de la guisa que se ve en su carta?

Si esto les dijera, sería repetir lo que á todas horas se dicen millares de españoles reventando de coraje; lo que dicen los demás pueblos de Europa, escupiéndolo, y lo que dicen el Papa y sus colegas de industria, riéndose á mandíbula batiente: esto es: que no tenemos vergüenza. No la tienen quienes imponen tal derecho: ni la tienen quienes la soportan; y la tienen mucho menos aquellos que ante el pueblo se obligan á combatirlo hasta derrocarlo, y luego se pasan cuarenta años mudos y cruzados de brazos ante los atropellos que á diario se cometen.

Seguramente esta respuesta no resuelve la dificultad, ni les satisfará á ustedes, aunque la hallarán muy razonada y exacta.

Pues bien: cósteles á ustedes que para estar completamente á salvo de pasar por la profanación, burla y ultraje del cadáver y fama que ustedes intentan evitar, no hay más que una solución radical: emigrar de España, ó irse siquiera al *canón español de Marruecos*, al cual la monarquía concede la libertad de cultos, á condición de que se le tolere la peste de frailes.

Fuera de este medio radical y único, las leyes se hallan tan embrolladas, absurdas, locas y faltas de sentido común, que, del rey abajo, ninguno, abogado ó no abogado, puede responder de lo que sucedería.

Y sucederá todo lo que la Iglesia quiera, mientras á cada atropello no se levante la masa anticlerical para enterrar con el cadáver del disidente muerto, profanado, a

cura, provisor y obispo vivos que especu-
con tales profanaciones.

Si esto ocurriese una docena de veces,
¿engase por seguro que se modificarían
las leyes y las costumbres, y aún los pon-
tífices oficiales del anticlericalismo, quizás
romperían una lanza oratoria en pro del
derecho.

Esto he dicho de palabra comentando
su carta, á la Junta de la *Liga de Defensa
de Derechos del Hombre* que parece la in-
dicada para dirigir la campaña contra esta
vergüenza nacional. Ahora y desde aquí
se lo digo por escrito á la *Liga anticleri-
cal* y demás entidades nacidas para esto.

Lo que harán, lo ignoro.

Las gestiones que ellas deben practicar
en las oficinas del Estado y el camino que
deben andar para hacer efectivas estas as-
piraciones, ellas lo sabrán.

Ante ustedes y ante todos los que vie-
nen con idénticas consultas les digo: *res-
pondan ellos, no yo.*

Tampoco esto resuelve con la urgencia
que ustedes pretenden, el caso expuesto.

Pues bien. Fuera de esos caminos, hay
un recurso, no infalible del todo ni en ab-
soluta, pero que en general surtirá efecto,
y es el siguiente.

Redactar un documento sencillo y bre-
ve, declarando que «*Fulano de Tal*, feligrés
de la Parroquia *cual*, bautizado en tal par-
te, *confirmado* en tal otra, casado canónica-
mente en tal otra: en pleno y cabal juicio,
y de su espontánea voluntad, en uso del
derecho que la Constitución del Estado
católico le concede y para los efectos ca-
nónico-civiles oportunos, abjura solemne
y oficialmente la religión oficial del Esta-
do con propósito firme de vivir y morir
fuera de la Iglesia.

«Y para que esta declaración tenga la
notoriedad y eficacia debidas, requiere al
Párroco de *tal*, como jefe oficial concorda-
do de su domicilio, que se dé por notifica-
do, y, en cumplimiento de su deber si así
fuera, lo notifique á sus superiores jerár-
quicos.»

Claro está que el Párroco no se dará por
notificado, ni hará mérito de este docu-
mento que no tiene sección en los archi-
vos eclesiásticos.

Propiamente procedería notificarlo al
oficial encargado del *Registro civil* (Juzgado
Municipal) y á la oficina del censo (Alcal-
día); pero ¡ay! en España hay registros y
censos de ganado caballar, vacuno y de
cerda; pero no lo hay de esta clase de na-
cionales sometidos al derecho romano
pontificio, ó al derecho civil nacional.

Para evitar, pues, las consabidas burlas,
procede *requerir por medio de notario al
párroco á que se dé por notificado* levantando
acto de lo que en este requerimiento
ocurra.

Hecho esto, queda la cuestión de la fa-
milia. Si esta se conviene con el Párroco
para simular una retractación de última
hora ¿qué ocurrirá?

Para prevenir esta contingencia yo no
veo más camino que constituir en cada
localidad un grupo, en asociación legal,
en cuyo reglamento los socios confieran
á la colectividad y á cada uno de sus in-
dividuos el derecho de sucesión en este
punto, y los vivos se obliguen á hacer efec-
tivos los derechos de los que fallezcan: y
en caso de ensayar con uno de los socios
la consabida farsa, personarse en debida

forma ante los tribunales é incoar y sos-
tener la causa criminal correspondiente,
por profanación de cadáver.

No creo se haya dado precedente algu-
no en este punto. Por esto mismo, hay que
sentar precedente: y ¡de fijo! que no hay
en el Estado español agallas bastantes pa-
ra asirse del brazo de la Iglesia y hacerle
de guapo en causa de esta indole que pro-
vocaría la risotada de las naciones.

¿Que es caro de dinero y molesto este
recurso?

Pues... amolarse. O esto, ó pasar por la
vergüenza aquella.

Para ustedes sé que sería más molesto
sufrir el agravio que revelan. Para todos
será más caro el entierro y funeral de la
Iglesia. De modo que por este lado, *cero*.

Lo que realmente se necesita es que
algunos ciudadanos en la mesa del casino
susciten esta cuestión y digan con el valor
y decisión que toman para ir á los toros:
«*¡vamos al notario!*...»—Cuantos más juntos
más barato será para todos—y *¡asociarnos!*

Este momento es el que no encuentran
jamás para nada los anticlericales espa-
ñoles.

Y por esto cabalgan sobre sus propios
jefes, los propios legos de cualquier con-
vento arreándoles á donde se les antoja...
aún al cementerio.

¿Les parece bien, compatriotas?

Pues al notario, y á asociarse.

S. PEY ORDEIX

El pueblo español

PINTADO AL DESNUDO POR EL CONDE
DE ROMANONES

De la declaración programa del Pre-
sidente del Consejo, es esto:

«Es innegable que en los momentos ac-
tuales el pueblo español, acaso más clari-
vidente en esto que sus directores, enca-
mina su anhelo con más ardor á otros
problemas, á los económicos sociales. Para
desconocerlo sería preciso que los hom-
bres públicos estuviesen privados de toda
vida de relación con sus conciudadanos.
Es el tema habitual de las conversaciones,
de las inquietudes privadas, de los periód-
icos, de las informaciones de todas clases.
Hay difundida por la sociedad española
una preocupación general que absorbe y
casi monopoliza la atención pública y se
llama en unos *hambre*, en otros *emigración*,
mortalidad, *paro forzoso*, *proletariado de le-
vita*, *malos tiempos*, *tuberculosis*, *prostitu-
ción*, *viivienda mezquina*, *abandono de los cam-
pos*, *carestía*... en una palabra: *miseria*, *con
todo su cortejo de males que comienzan en el
exceso de mortalidad y terminan en el espan-
toso analfabetismo.*»

Todo lo cual, que es muy cierto, se
combate con Congresos eucarísticos, ley
de jurisdicciones, exención de frailes del
tributo de sangre, inauguración de con-
ventos, agasajos al Nuncio, y sacando
el Estado del sudor del pueblo que está
así, mil cien millones de pesetas anuales.

El remedio es efficacísimo: peor que la
enfermedad. Si no fuese por la esperan-
za de que ahora Melquiades arregle todo
eso, sería cosa de entrar en cuidado.

Afortunadamente para España, ese
hombre provincial ha venido á tiempo de
remediar males tan terribles. Nuevo Moi-
sés, hace brotar agua de la roca para

apagar la abrasadora sed de este pueblo
sediento.

Por segunda vez la salvación de Espa-
ña, vendrá del mismo lado.

Crónicas madrileñas

No sé quién es el escritor que envía
Crónicas madrileñas á Tierra Gallega:
pero que tiene mucha gracia y maneja la
sátira muy bien, eso nadie tiene que de-
cirmelo: lo vengo viendo yo.

Hace unos días envió una *Crónica* con
algunos de cuyos párrafos van á pasar
un buen rato mis lectores; se titulaba *Las
noches de Alvarez*, y decía entre otras
cosas:

«Ya tiene tertulia D. Melquiades.

Como la tenían Sagasta, Cánovas, Castelar y Canalejas; como la tienen D. Antonio Maura, el Guerra y Belmonte.

Para ser personaje lo primero que se
necesita es una tertulia.

La de D. Melquiades la componen el
ministro de Gracia y Justicia, Natalio Ri-
vas, el conde de Sagasta, varios excanale-
jistas y los cuatro amigos que con él se
han pasado á la Monarquía.

La tiene al aire libre, «un grand air»,
que dicen los franceses, al lado del kiosco
de la banda municipal que toca en el Reti-
ro, y precisamente debajo del lugar que
ocupa el bombo, el redoblante y los tim-
bales; lo que en el «argot» musical se
llama «ruido».

D. Melquiades, como supondrán uste-
des, se sienta en el centro, y á derecha é
izquierda, formando semicírculo, que abre
su arco hacia el paseo, los señores citados.

El futuro jefe del partido liberal monár-
quico tiene ya «le phisque de l'emploi»,
que dicen también los franceses: la facha,
que decimos también nosotros, del cargo
preeminente que le está reservado.

Ya no es el hombre humilde y sencillo
de ayer, á quien la gente que no le cono-
cía personalmente tomaba por un camare-
ro de gran hotel, franco de servicio, que,
árido de aprovechar el día de asueto, se
lanzaba á la calle con la corbata blanca del
traje de etiqueta.

Con una pierna sobre la otra, repanti-
gado en el sillón, apoyado el puño del bas-
tón sobre el hombro izquierdo. La cabeza
echada hacia atrás y los ojos clavados en
el cielo como quien pide inspiración á los
astros ó espera que caiga algo desde las
alturas, D. Melquiades, en actitud hierá-
tica, preside la tertulia y contesta á las pre-
guntas de sus corifeos con monosílabos, ó
no las contesta.

Está ensimismado en el estudio de los
graves problemas nacionales—se dicen
aquéllas, para disculpar la descortesía y
consolarse de la ridícula situación del mo-
mento.»

«D. Melquiades tiene ya un estribillo,
además de una tertulia.

Cuando uno de sus acompañantes le ha-
bla de alguna innovación que hay que ha-
cer en determinada rueda de la Adminis-
tración pública, contesta invariablemente:
«Se lo diré al muchacho».

No sabemos ni hemos podido averiguar
quién es este «muchacho» á quien D. Mel-
quiades trata con tanta confianza y piensa
consultar todos sus futuros proyectos como
jefe del partido liberal y presidente del
Consejo.

¡El «muchacho»!.. ¿Será su criado? Los grandes hombres han tenido siempre en mucho aprecio las opiniones de los ayudados de cámara. Dicese que Napoleón le consultaba al suyo todas las graves cuestiones del Imperio.

En fin; ya sabremos quien es ese «muchacho».

Las damas palaciegas están ya preocupadas con la próxima presencia en el regio alcázar del antiguo demagogo, del exferoz descamisado que lanzaba fuego por sus ojos y espuma por su boca cuando hablaba en los mítines contra la Monarquía y contra el clero.

Todas se han dado cita para el primer día que vaya a Palacio, y habrá que verlas rodeándole y clavando en él sus «impertinentes» con mango de oro, como las damas del Triánón los clavaron en Delonay, el tráfuga de los elementos populares que más tarde iban a hacer la revolución, origen del engrandecimiento de la Francia.

D. Melquiades ya tiene escogido el sastré que le va a hacer el uniforme; se lo ha recomendado Rodríguez de la Borbolla.

El precio no le preocupa, porque, como homenaje de admiración, se lo regalarán los amigos.

Ya se lo cobrarán luego del presupuesto con las nóminas.

Todo está ya preparado para cuando llegue el feliz momento, que los melquiadistas esperan tranquilamente sentados junto al kiosco del Retiro, y bajo el lugar que ocupan el bombo y los timbales.

Lo único que aún no tiene preparado el Sr. Alvarez, es la contestación que va a dar a D. Alfonso cuando le pregunte, como es natural, por las masas que lleva a la Monarquía.

Suponemos que contestará: «No traigo masa, porque he oído decir que en el Régimen la hay de sobra.»

Raro es el día que no se coge a algún prohombre con las manos en la masa.

¿Qué masa voy a traer—añadirá—, si vengo de convivir con un pueblo que se está muriendo de miseria?

Quizás, cuando D. Melquiades se pasa las noches en el Retiro, con la mirada fija en el cielo, es que estudia su estructura, para ver si puede incluir en el programa una benéfica lluvia de panecillos.

Hasta ahora sólo ha podido ver una nube preñada de credenciales.»

Familia afortunada

Milagro referido por un periódico católico:

«Pasaban dos jóvenes ante una imagen de la Virgen, y uno de ellos la saludó con respeto. Quiso el otro burlarse y para ello trató de obligar a un perro que llevaba a besar la imagen. En aquel momento cayó acometido de una parálisis. Desde entonces no ha vuelto a hablar y sólo profiere estridentes ladridos.»

El periódico informante se entusiasma con el ejemplo y pide a la divina providencia que siga por ese camino, convirtiendo en canes a los blasfemos.

No incurriré yo en la blasfemia horrible de querer enmendar la plana a Dios: ¡Dios me libre!

Mas si dié, que quizás hubiera producido en el blasfemo efecto más terrible, el haber visto que el perro besaba devota y fervorosamente la imagen.

Aparte de eso, me regocijo pensando en lo contenta que estará la familia del blasfemo con la fortuna que se le ha entrado por las puertas.

Enseñando a su deudo por las ferias en clase de fenómeno, no será dinero el que saque.

Un hombre ladrando a la perfección debe ser espectáculo muy atrayente. Lo de menos para quien lo ve y lo oye, es la causa a que obedecen sus ladridos.

LA TUMBA DE MARRUECOS

España se halla enferma

Y enferma de una enfermedad crónica, de la cual le será difícil aliviarse.

La Hacienda nacional está ¡gota! La. El Tesoro se halla en un estado verdaderamente precario, mísero, lamentable... y es tan grave la herida, que no creemos que pueda sanar con el actual método curativo.

El ministro de Hacienda se ha visto obligado a demorar el pago de la Deuda de 150 millones de obligaciones, lanzadas al público en 1.º de Enero de este año.

¿Qué significa esto? Esto significa y confirma la enfermedad de España. Esto significa la caja de nn industrial, de un burgués, del trabajo, en perspectiva de una quiebra vergonzosa. Esa caja es la Hacienda nacional; es el Estado, que ha contralido desde hace mucho tiempo deudas que van dejando sin vida al organismo nacional.

Esa guerra que fomenta la corriente de ríos de sangre y lágrimas, arrastra, cual carroza de muerte, todas las riquezas y energías del país.

¿Y qué hay en Marruecos? En Marruecos hay un abismo: la guerra estéril. La muerte de lo poco sano que hay en España.

¿Quiénes son los moros? Los moros son los dueños de Marruecos; los poseedores de aquellas tierras, de aquellos barrancos, de aquellas montañas, de aquellos aduares, de aquellos sembrados y ganados...

Los moros se ven invadidos por gentes extrañas, y se defienden con el mismo derecho que nosotros nos defendíamos hace por ahora un siglo de la invasión francesa. Los moros son echados de sus casas brutalmente, de sus tierras, de sus montañas, y mueren, sí; pero matando a la juventud española.

¿Qué se proponen los gobernantes con esta guerra.

Ellos han dicho que civilizar a Marruecos. Nosotros decimos que la civilización no admite la barbarie, no admite la guerra, no admite el derramamiento de tanta sangre generosa; que Marruecos debe ser para los moros, puesto que es suyo; y España para los españoles, y no para unos cuantos señores de apetitos insanos...

¿Que no estamos de acuerdo? El pue-

blo, el proletariado, jamás estuvieron de acuerdo con sus opresores.

¿Qué puede ser entonces Marruecos? Marruecos puede ser la última conquista de la España reaccionaria, de la España inquisitorial, de la España de Monjuich, de la España clerical y papista.

RAMÓN SIRERA

Barcelona, Julio.

Interrogado un médico sobre la fe que merecen las propiedades maravillosas atribuidas al agua de Lourdes, dice sonriendo:

—Milagrosa, no lo es; pero, sin embargo, tomada en lavativas, no deja de producir algún resultado.

Huelga al revés

Un telegrama de París dice que los frailes del convento de San Miguel de Metrop Cáucaso se han declarado en huelga, porque el superior no les permite llevar calzones bajo los hábitos.

¡Frailes declarados en huelga! No entiendo cómo esa huelga pueda ser.

Mas, si, ya calgo: trabajando los frailes. Si los obreros, que trabajan siempre, dejan el trabajo al declararse en huelga, los frailes, que no trabajan nunca, deben trabajar entonces.

Esto es de sentido común.

Respecto a la causa de la huelga, me pongo en esta ocasión de parte de la autoridad.

La prenda que reclaman puede en momentos dados impedir la pronta realización de ciertos actos muy propios de los frailes, y de otros comunes a todas las personas; y el superior trata de que vayan en condiciones de evacuar pronto ambos asuntos.

Trampas piadosas

Hablando Fray Gerandio de la monja que cobra como maestra de una escuela de León, dice lo siguiente en *El Diluvio*:

«No hay cosa que le cause más regocijo a esta institución divina (la Iglesia) que de fraudar al Estado, mucho más si éste es liberal.»

Ella afirma, y lo cree, que fué despojada de sus bienes injustamente, que éstos están detentados, en manos de un ladrón, y, por tanto, cuando le defrauda no quita nada ajeno, sino que se indemniza de una explotación injusta. Con esta teoría sus manos no se están nunca quietas, y su avaricia insaciable no reconoce límites.

Los obispos perciben íntegra la dotación del presupuesto respectivo de su diócesis, aunque haya infinidad de cargos vacantes, lo mismo en la catedral que en las parroquias. Son enemigos acérrimos de los concursos y oposiciones a curatos, porque esto les quita de las manos la tercera parte del sueldo que arrebatan a los ecónomos; en toda España y desde tiempo inmemorial sólo ha habido un obispo que comprendiendo que esto era una truhanería de mal

género ordenó que se diera á los ecónomos y regentes de las parroquias el sueldo íntegro de su dotación. Este obispo, digámoslo para su gloria, ha sido el actual obispo de Jaca, señor Pelaez, electo arzobispo de Tarazona, el cual creyó que sus colegas en el episcopado seguirían su ejemplo. ¡Sí, sí! Indirectas que se relacionan con el bolsillo, nunca las han entendido estos apostólicos varones.

En la diócesis de Madrid, cuando yo estudiaba en aquel seminario, había varias parroquias vacantes, y el obispo nos hacía firmar la nómina de ellas á mí y á varios estudiantes, como si fuéramos párrocos. ¡Jovenzuelos de diez y ocho años, varios de los cuales son hoy padres de familia. Se nos obligaba, pues, á poner firmas falsas en un documento oficial y á suplantar una personalidad, expuestos á ir á presidio, y todo para engañar al habilitado del clero, que tampoco se engañaba, pues ya conocía esas triquiñuelas indignas, y que únicamente se limitaba á decir con mucha socarronería al que iba á cobrar la nómina:

—Ahí tiene usted los cuartitos y dé muchos recuerdos al señor cura.

Y recalaba la frase con la intención de un miura.

—Pero ¡esto es una estafa!—dije yo la primera vez que me vinieron con esta embajada.

—Y el gran latrocinio de la desamortización ¿qué fué?—me respondió el señor Rector.

El caso de esa monja salesa de Madrid de que habla *El Magisterio Leonés* es cosa corriente en todos los conventos: á muchísimos miles de duros sube todos los años la partida que paga el Estado á frailes y monjas *exclaustrados* allá hace cerca de cien años, y que todavía siguen cobrando tan frescos, aunque están bajo tierra hace muchos años; porque del año 35 no queda ninguno y del 68 todos eran ya viejos como matusalenes. ¿Cómo pueden vivir en 1913? Y si no viven, ¿cómo y quién cobra sus nóminas? ¿Cómo se amaña su fe de vida? ¡Misterios eclesiásticos y conventuales! Lo cierto es que cobran.

Yo traté en Madrid con bastante intimidad durante dos años á una monja que vivía bajo la regla de San Benito; en aquel convento, como en todos, también había sus *exclaustradas imaginarias* y era de ver el regocijo y jolgorio que había en la comunidad el día que llegaban las nóminas de las monjas que estaban enterradas en el jardín del convento hacía más de treinta años.

La escena tenía lugar en el locutorio y la superiora, que era mujer de mucho ingenio y andaluz por retranca, cuando cogía los cuartos decía:

—¿Dónde está la madre Sor Sacramento? ¡Pobrecita! Estará por la despesa tomándole el pulso á alguna botella, según tenía por costumbre. ¡Venga V. R. que ya están aquí los cuartos del Gobierno impío! ¿Y la madre Ignacia, tan coja y tan mala picha como era? Ya no se comprará más rapé con estos cuartos, ni regalará más medias de lana al frailote aquel, Bernardo, su amigote... ¿Y el ruiseñor de nuestra casa, la madre Sor Enriqueta, que nos llenaba la iglesia de apuestas galanes, que se derretían al escuchar sus apregios? ¡Lástima que á la infeliz le gustara tanto la leche de Chinchón (el aguardiente) hasta quedarse ronca como una carraca! ¿Y Sor Inés? ¿Y Sor Dolores, la que se escondía los peroles de natillas debajo de la cama?...

Y continuaba así pasando revista á todas las muertas que *aun* cobraban, pregonando

de paso sus virtudes, y las monjas se des-ternillaban de risa, y yo con ellas, al ver cómo se la pegaban al Gobierno *impío*, como ellas decían.

En las parroquias es muy frecuente que firmen las misas sacristanes y monaguillos, como si fueran curas, y un sacerdote mismo con distintos nombres y apellidos para que en los libros de colecturía aparezcan dichas más misas que las que se han dicho.

—Pero, ¡esto es un robo!—dira algún cándido.

—No, hermanito; aquellas misas se dicen otro día, ó se las traga el palacio episcopal si el párroco no anda listo. Se trata sencillamente de una *dilatación* de los frutos del santo sacrificio.

En suma, que la Iglesia no siente escrúpulo alguno en defraudar al Estado liberal, porque el Estado la robó á ella primero, y porque... entre vivos anda el juego, y el que más puede lleva el gato al agua.»

FRAY GERUNDIO

El catolicismo se va

Según el párroco de Nuestra Señora de Loreto, en París, el año 1905 tenía 300.000 católicos prácticos.

En el año 1913, según el estadista Briva-Gaillard, la cifra ha bajado á 118.000.

Lo cual hace que de cada 24 parisinos, los 23 vivan por detrás de la Iglesia en la capital de la nación cristianísima.

Por esto se comprende que los frailes y monjas franceses se hayan venido á España.

En su tierra les conocen.

El crimen de Huesca

El eminente escritor Manuel Bescós ha publicado estos renglones en *Ideal* de Zaragoza:

«Ha llegado el momento oportuno de mostrarse parte solicitando el ejercicio de la acción popular nombrando abogado y procurador, etc., etc.

Yo no soy bastante rico de dinero para poner el hilo; pero sí bastante sobrado de voluntad para coser de balde; y cuando no haya otro mejor y más experimentado en las lides del foro, yo me ofrezco gustoso á ser el abogado vocero del pueblo justamente alarmado ante las numerosas y extrañas anomalías de esta causa.

Mucho temo que la cantidad recogida, unas 500 pesetas y pico, según creo, sea muy insuficiente para los otros gastos judiciales y la fianza á constituir. Sirva esto de nuevo llamamiento reiteración del anterior de 30 de Junio de 1912, y disponga en todo caso de mis servicios, contando con que la oportunidad de una decisión no debe prolongarse largos días por hallarse la causa pendiente del trámite de calificación del fiscal.»

Al insertar esos renglones *Ideal*, dice á propósito de lo que viene ocurriendo en el proceso: que ha procurado ver á las presas por si lograba saber lo que el juez instructor no quiso ó no pudo averiguar, resultando vano su empeño. Y añade:

«Lo que sí sabemos por buena tinta, y

de ello tenemos testigos presenciales, es lo que relatamos á continuación.

Una de las detenidas, conocida por *Paca la hornera* ha dicho en un momento de desesperación ó de sinceridad: *Lo que quiere es que el cura se salve, pero no lo conseguirán, porque tiene culpa y la pagará.*

Se nos ha asegurado por el mismo conducto, que para obtener declaraciones ciertas ó en determinado sentido, uno de los presos, llamado Fernández, sobre una escalera y asomado por la ventanilla próxima al techo que hay en la celda, leía cartas falsas, en las que se decía que si la detenida apodada la *Potota* no hacía determinadas afirmaciones, sufriría las consecuencias el marido de la citada *Potota*.

Esta, á consecuencia de dicho suplicio moral, quiso suicidarse intentando cortarse una vena, y prueba de ello es que aún conserva las cicatrices en la muñeca.

No obstante estar prohibida la comunicación entre las presas que están aisladas en celdas y las que se hallan reunidas en otros departamentos, las presas Segunda y Blasa Playán hablaban con *Potota* y *Paca la Hornera*, y entretanto tomaba nota de la conversación otra presa llamada Paulina Ruiz, que, para más señas, está presa por corrupción de menores.

Quizá fuera de gran utilidad que se hiciera hablar á la celadora encargada de la vigilancia de la *Potota* y *Paca la Hornera*, pues según nuestras referencias, sabe bastantes detalles que pudieran dar mucha luz en el proceso, y á quien los disgustos por este asunto han producido vómitos de sangre.

Daremos, para terminar, un detalle para que el público juzgue: Moisés Prisco va por Huesca completamente sólo, y nadie admite su compañía, ni aún los mismos sacerdotes.

El que en una provincia como Huesca no se haya reunido más que una cantidad exigua para un fin tan importante, prueba el miedo que las gentes tienen al clericalismo. Todos, aun los liberales amantes de la justicia, temen ponerse á mal con él.

Por esto admiro la gallarda actitud de Bescós y la valentía de *Ideal*, y repito con el primero:

«Si yo fuese rico de dinero», costearla todos los gastos que trajese el ejercicio de la acción popular, pero como no lo soy, encargo al billete de 25 pesetas número 6 388.037, que salga hoy mismo para Huesca á unirse con esas quinientas y pico que se han recaudado.

Jesuíta condenado

Es un orador francés famoso llamado Padre Coubé, salido de la Compañía de Jesús. Ha publicado una novela intitulada *Almas judías*, en la cual se proponía explicar el origen del odio de los judíos á la Eucaristía (invención casi exclusiva de los judíos jesuitas).

La novela ha sido condenada por la señora Congregación del Índice: el Padre Coubé se ha retractado humildemente *por fuera*. Por dentro... él lo sabrá!

Al someterse declara que es y quiere ser católico: con lo cual se prueba que el Catolicismo es un enredo que ni en-

tienden ni sus sabios más eminentes, ni los más eminentes jesuitas.

El único que lo entiende es EL MOTIN.

Se lo ha explicado el maestro Monipodio.

La cuenta del peculio

La primera generación del siglo xx comienza á entrar en la vida plena; hasta ahora está formada por niños, que pronto serán hombres y nos pedirán estrecha cuenta de su patrimonio de cultura. No podemos escuchar todavía sino á niños precoces, estudiantes eméritos, músicos tempranos, pequeños interrogadores y adivinos, puesto que es ahora cuando el siglo entra en la pubertad. Dentro de pocos años comenzaremos á escuchar sus opiniones y sus diatribas. Presumo que, pasado ese tiempo, jóvenes de veinte años llamarán con desprecio á los de veinticinco «hombres de otro siglo». ¿No ocurrió lo propio hace una centuria? Pero entonces los jóvenes tuvieron que venerar en sus antecesores á sus bautistas. Si un adolescente les hubiera llamado hombres del otro siglo, le hubieran contestado con legítimo orgullo:

—¡Somos hombres de la Revolución!

A nosotros nos será harto difícil mostrar análogo énfasis. Durante cuarenta y cinco años no hemos presenciado sino desastres, prosaicos por añadidura; no hemos intervenido sino en hechos vulgares; en religión, nuestro lema ha sido indiferencia, más ó menos disimulada; en política, apartamiento ó defección; en enseñanza, «surmenage» y pedantería; en arte, decadencia y ridiculez. El «¡Qué se me da á mí!», el «¡Je m'en fiche», el «amiguismo» de que hablaba un discreto colega, han tenido en nosotros verdaderos intérpretes. La primera pluma sigloveintista comenzará á correr muy pronto sobre las cuartillas con la cólera indignada de Tarfe. Preparémonos al sonrojo, ya que no hemos sabido prevenirnos á la gallardía.

Claro es que nosotros procuraremos defender al desdichado «siglo de las luces»; pero lo haremos siempre refiriéndonos á su primera mitad gloriosa. Hablaremos de guerreros como el «Empecinado». O'Donnell y Prim; de filósofos, como Balme y Sanz del Río; de poetas, como Zorrilla, Campoamor y Bécquer; de dramaturgos, como García Gutiérrez, Hartzenbusch y Bretón de los Herreros; elogiaremos al pueblo entusiasta que arrojó al invasor y se batió en las barricadas, cuyos cantos llevaron al pentágono Barbieri, Arrieta y Gaztambide; del espíritu de una raza, trasladado al lienzo por los Madrazo, Palmaroli, Fortuny y Rosales. Nuestros hijos sonreirán: aquél era el tiempo en que el oro corría en centenas; éste es el de los billetes de Banco grabados por Maura y el de los bonos de las Cajas de Previsión.

Hablaremos de nuestros adelantos; pero esos adelantos nos han venido del ex-

tranjero, y la mayor parte son consecuencia de una investigación anterior. No hemos descubierto una sola ley; no hemos hecho sino aplicar las conocidas á la construcción de lindos juguetes, y eso, en vista de los que fabricaban nuestros vecinos. En cambio, hemos perdido nuestro dominio colonial, hemos despojado los bosques, arruinado á los campesinos, que emigran; hecho imposible la situación de las clases medias y desmoralizado á las altas; hemos sustituido á la novela el cuento pornográfico y al teatro el «cine», cuando no las luchas y el «boxeo». Diga cada cual, con la mano puesta sobre el corazón, si no hemos perdido casi por completo la confianza en el porvenir.

Recibisteis como herencia—nos dirán muy pronto los nacidos en el siglo xx—un extenso y fértil territorio, un bienestar económico indudable, una ciencia que no necesitaba ir al extranjero á aprender, una literatura gloriosa y, sobre todo, un ideal, ideal reaccionario en los unos, avanzado en los otros, pero profesado de buena fe hasta llegar al sacrificio. Todo eso lo habéis dilapidado; nos dejáis como todo peculio una sonrisa escéptica y un estadio difícil en que disputaremos el amargo pan «unguius et rostro». Vuestra gestión no ha sido la de un diligente padre de familias. Y ahora tenemos que crearlo todo: nombre, crédito, riqueza, arte, investigación, y quien sabe si también una patria. Andad enhoramala y no traigáis á cuento nombres de sabios á quien nadie lee, de dramaturgos cuyas obras no tienen escenario, de literatos que lampan de hambre y de industriales que están en las últimas. Sois la miseria y además sois la prosa. Nos espantan vuestros párpados arrugados, vuestra frente nublada y vuestras horribles garras de fiera. Nada con vosotros tenemos que hacer.

Y los hombres nacidos desde el año cincuenta al ciento, bajaremos avergonzados la cabeza y no sabremos qué responder. Verdaderamente, tiene razón Victor Margueritte: Para ser optimista, hay que ser heroico.

Sin embargo, si todos fuéramos mercedores de misericordia, todavía podríamos levantar las frentes y contestar á la nueva generación con estas palabras:

—Es verdad; hemos malversado el presente, pero hemos interrogado al porvenir, como no lo hizo generación alguna; hemos perdido las grandezas pretéritas, pero nos hemos planteado el problema de la justicia humana futura. ¿Veis estos párpados hinchados? Son de tanto llorar por vosotros. ¿Veis estas frentes arrugadas? Son de tanto pensar en vuestros hijos. ¿Veis estas, que son manos de siervo, y parecen garras? Son de esperar un combate que nunca llega, y para clavarlas en el corazón, dejándoos gustosos recoger del suelo, vivida y llameante, la antorcha de la vida.

ANTONIO ZOZAYA

El Liberal.

Los milagros de Lourdes

Este año de gracia de 1913 ha tenido muy poca para los romeros catalanes de Lourdes.

Mil doscientos han ido desde Barcelona, que á razón de cincuenta duros de gasto por barba (a'go más carito les habrá salido el viaje) componen la suma de trescientas mil pesetejas.

Por todo resultado, han conseguido la curación de un niño que padecía artritis en una rodilla.

Y ante este milagro, que no debo negar, ni discutir, ni poner en duda, me pregunto:

—¿El milagro está en la curación ó en el precio por ella pagado? ¿En la eficacia de las aguas de Lourdes, ó en la soberana fe de los que lo pagan á tal precio?

Porque, señores; ¡las enfermedades que podrían curarse con sesenta mil duros! ¿Hay sustancia alguna comestible ó bebestible que rectamente administrada no produzca, por tal precio, siquiera un millar de curaciones?

¡Los dolores de estómago que se curarían con sesenta mil duros de bicarbonato!

Empleados en aceite de hígado de bacalao, ¡cuántas anemias!

En jalapa, ¡cuántos empachos!

En retretes inodoros ¡cuántos contagios evitarían!

Y continuo diciéndome:

«Si las aguas de Vichy, de Mondariz, de Vals, de Panticosa ó de Archena no tuviesen mayor virtud, y sus curaciones de rodillas reumáticas resultasen á tal precio ¿habría un solo cliente que acudiese á tomarlas?»

Y me sigo diciendo.

«Denme á mí 1200 ciudadanos, enfermos y sanos, provistos de pasta metálica: me los llevo á la Meca á beber agua de la fuente de Mahoma, ó á París á ver una danza de la Otero, y me dejo cortar los dedos de la mano si al regreso no refiero milagros mayores que esa insignificancia de Lourdes.

De todo lo cual vengo á deducir, que la romería á Lourdes es uno de los viajes terapéuticos más inútiles, y que las aguas de la Piscina son de las sustancias químicas chirles las más inocentes é ineficaces.

¡Los milagros que se pueden hacer con sesenta mil duros!

Preséntenselos en bandeja á cualquier obispo tullido y baldado, y de fijo se yergue y baila la machicha.

R. MAYOL

VERDADES AL PUEBLO

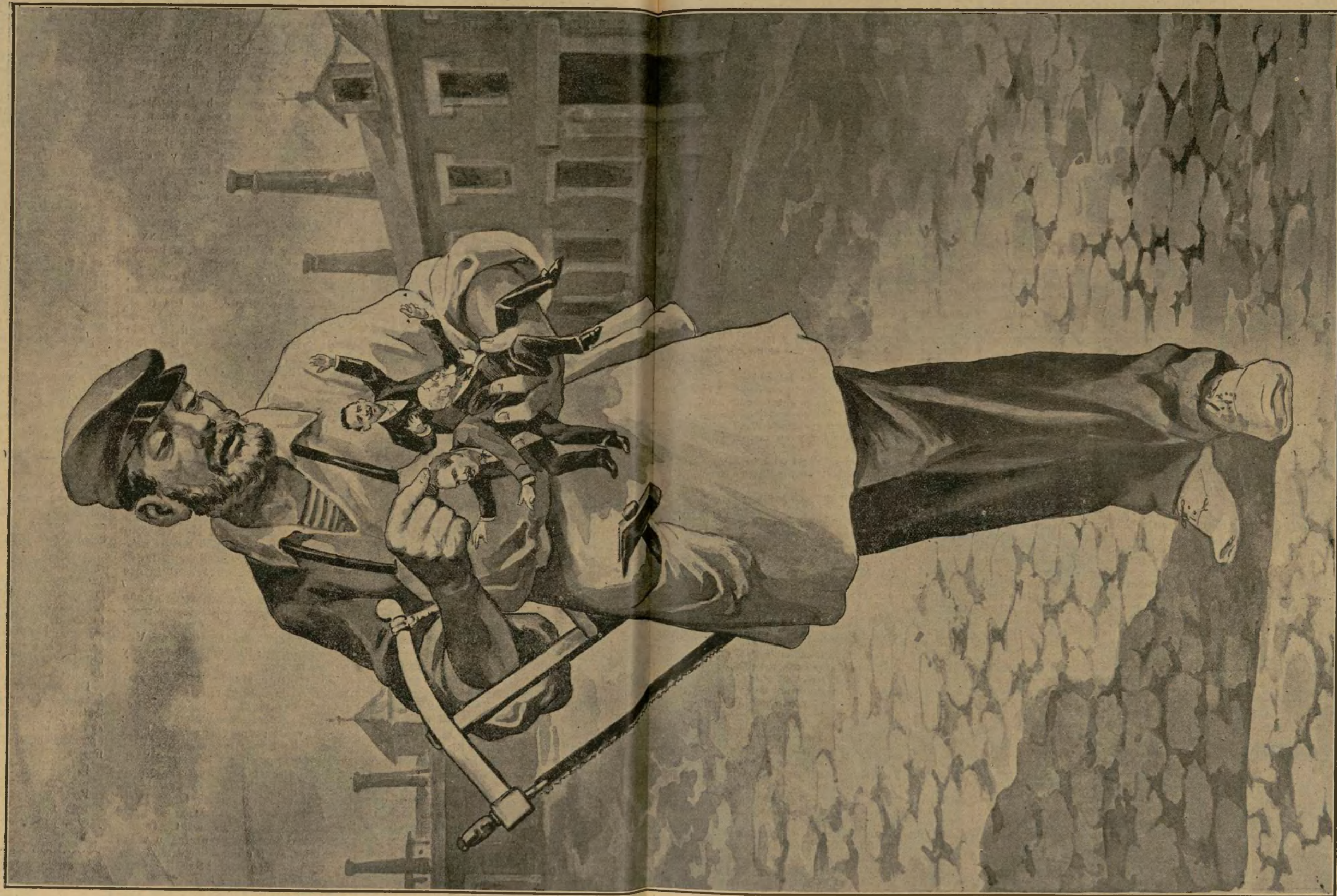
(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

EL MOTIN



Ayuntamiento de Madrid

Cuando pienso en lo que éstos han hecho oonmigo, me dan ganas de...

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma anterior..... 4102'18

Un grupo de entusiastas de *La Cruz Roja* de EL MOTIN. (Villanueva y Geltrú)..... 10'00

Ramón Várela, 1'00.—José Manuel García, 0'25.—Rómulo Puente Villa, 0'50.—Manuel García, 0'25.—José Fuentes, 0'10.—Ángel García, 0'50.—Enrique Suarez, 1'00.—Ramiro Prendes, 2'50.—José Menéndez, 0'50.—Rufino Díaz, 1'00.—Alfonso Alonso, 0'25.—Ramón Gómez, 0'25.—Francisco Mata, 1'00.—F. F., 0'50.—R. Fernández, 1'00.—A. Alvarez, 1'00.—Francisco Lafuente, 0'25.—G. A., 2'00.—Bernardo Blanco, 0'50.—José López, 1'00.—Florentino García, 1'00.—Celestino Quirós, 1'00.—J. M., 1'00.—Emilio Illobre, 0'50.—Pedro Llorian, 1'00.—(Todos de Avilés)..... 19'85

Francisco Sánchez González, (Torrejón)..... 1'00

Miguel Serra Coll (Canet de Mar)..... 0'75

Ramón Martí, 1'00.—Juan Serra, 1'00.—Salvador Casany, 2'00.—Pedro Campos, 3'00.—Vicente Molina, 0'25.—Salvador Matoses, 3'00.—Un amigo de *La Cruz Roja Republicana*, 1'00.—Enrique Moset, 0'50.—Pascual Roda, 0'50.—Daniel Burguera, 1'00.—Marcelino Beltrán, 1'50. (Todos de Sueca)..... 14'75

Jacobo Paleo de Ponte (Tres Arroyos-Argentina)..... 12'50

E. Sala (Barcelona)..... 5'00

Pedro Borrás (Washington)..... 5'50

P. P., 3'00.—Domingo P., 2'00.—Francisco N., 0'50.—J., 1'50. (Todos de Astorga)..... 7'00

Suma y sigue..... 4178'53

Dos telegramas

Oviedo 6 Julio 9,40-m.

Llegó temible revolucionario Melquiades. Sus amigos no pierden vista plumero siguiéndole cajón pan. Republicanos y socialistas chupáanse dedo no teniendo pito con qué agasajar tribuno.

Declaraciones distintas á cuando reunión histórica Conjunción casa Galdós huelga Septiembre 911. Entonces aconsejaba proveerse browings y adquisición bombitas usadas Portugal. Hoy nada aconseja. Habla despectivamente y llama farsantes á los revolucionarios.

Extrañase gente de que iniciándose

Melquiades en masonería mande paseo república y unión tan anhelada con socialistas. Aguardamos sus discursos Mieres, Sama, Felguera, Avilés, Gijón.—ANTON.

Babia 9-11 n.

Imbéciles os llamaba Melquiades hace poco. Imbéciles seguís. Republicanos y socialistas chupáanse dedo no por falta pito, sino por falta valor.

Melquiades vió fracasado bloque por no entrar en él socialistas y republicanos. Después aprovechó Conjunción para subir. Abrazo famoso completa farsa. Arriba ya, pega puntapié escalera y apártase pueblo. Hace bien. Engañados vosotros. Ea Babia nadie.

Salud para levantar escalera y que suba otro.

Aguardad sentados discursos que dice. Acaso en Oviedo se atreva. Pueblos que citas, no. Tienen vergüenza.—BABIECA.

Aurora Social.

Oviedo.

Sevillanas

El escándalo del Hospital Provincial á que hacía referencia en mi crónica anterior, adquiere cada día mayores proporciones.

De qué calibre serán los abusos é iniquidades cometidas con los enfermos por el personal encargado de su asistencia, que uno de los médicos que presta sus servicios en dicho Hospital, se ha visto en el caso de jugarse el destino tirando de la manta y descubriendo por medio de un suelto publicado en un periódico local, los infinitos horrores á que se hallan sometidos los infelices que, engañados con el señuelo de la Beneficencia, acuden á aquella casa á buscar remedio á sus dolencias.

Pero dejemos hablar á D. Ramón Medina Zabala, que es el médico de referencia, el héroe puede decirse, puesto que héroe se necesita ser en esta época de hipocresía y de bajezas para dar á la publicidad los siguientes hechos:

Dice el Sr. Medina.

«Desde el presidente de la Diputación hasta el último topiquero, desde el diputado visitador hasta el último enfermero, desde la Superiora hasta el farmacéutico, todos son, es decir, todos somos culpables, porque nosotros, los que no teniendo por qué callar callamos cobardemente, somos también culpables.

En clínica médica he visto innumerables incidentes entre los catedráticos y sus alumnos, porque éstos afirmaban haber puesto tintura de yodo donde no había la más ligera rubefacción.

No obstante el dineral que la farmacia cuesta á Sevilla, muchos médicos compran en la calle hasta los medicamentos más corrientes, por no haber ni aun esto en el Hospital.

Tres enfermos han muerto este año en el Hospital por estar descompuesto el closoformo que se empleó en estos desgraciados. Semejante crimen sería suficiente para que los sevillanos demostraran su virilidad é hicieran recibir á sus autores el debido castigo.»

Termina el Sr. Medina haciendo constar,

que antes de ahora ha pretendido denunciar al público estos horrores, pero, enterados tanto el gobernador como el presidente de la Diputación de su intento, lo graron persuadirle á que no lo hiciera, á fin de que no trascendiesen al público estos detalles horribles.

Alentados por la publicación de esta carta en la prensa, muchos de los enfermos en el Hospital han hecho revelaciones sensacionales, respecto á la forma en que son tratados por el personal de la casa.

De estas informaciones resulta: que ha habido enfermos á quienes se ha dado de alta á medio curar por el único delito de considerar aquéllos de más eficaces resultados para el alivio de sus dolencias la carne mechada y el vino de Jerez, que colgarse al cuello un escapulario con la imagen de San Epifanio.

Otros, á quienes á pesar de haberles recetado el médico de la sala mayor cantidad de alimentos por su estado de endeblez, dejaban de recibirlos de las beatas en cargadas de suministrarlos.

Un enfermo, de bastante gravedad, que se resistió á confesar y comulgar como pretendían las beatas, se ensañaron con él, teniéndole varios días á dieta y ¡claro! entregó la carta. Quiero decir que se murió.

Todos estos horrores podrán impresionar á los que creen en la mentida caridad de las beatas; á nosotros, á los que tenemos á mucha honra no creer en semejantes paparruchas, no puede sorprendernos nada de lo que ocurre en ese y en otros establecimientos de la misma índole: tenemos de antemano formado nuestro inquebrantable juicio respecto al modo y forma que tienen esas corporaciones religiosas de conducirse con los desgraciados sujetos á su férula.

La beata, que por el solo hecho de serlo, supone, lógicamente pensando, la negación absoluta de todo sentimiento altruista y humanitario, encuentra en estos establecimientos el lugar más adecuado para desarrollar sus instintos rastreros y bajunos.

En cuanto pones el pie en cualquiera Centro benéfico servido por beatas, surge ante vosotros lo inexplicable, lo absurdo, lo paradójico en fin: veis que la beata, apesar de sus cilicios, de sus penitencias, de sus ayunos y de las infinitas molestias que origina el trato continuo con los enfermos puestos á su cuidado, está gorda, lustrosa, rebosando satisfacción por todos los poros de su negra alma; y en cambio el enfermo, que oficialmente está considerado allí como el verdadero dueño de la casa y para quien debieran ser todos los cuidados encuéntrase generalmente lleno de miseria y expuesto en la mayoría de los casos á morir de hambre, si es que antes no le atizan una dosis de cloroformo putrefacto, con lo cual estira la pata en un periquete; forma, muy cómoda por cierto, de abandonar éste cochino mundo.

De todo lo que sucede en el Hospital, son las beatas las únicas responsables. Ellas, que aparecen allí ante la opinión como fieles servidoras del enfermo, son en realidad las dueñas de todo cuanto existe en el establecimiento.

Tienen acaparado el servicio de la farmacia, las contratas de los suministros, la bodega y en general todo lo que es susceptible de explotación con el enfermo; por lo que respecta al orden jerárquico en aquella casa, no hay que decir que todo

gira allí bajo la órbita de la cominera fiscalización de las beatas.

Impugnar una orden dada por ellas, equivale tanto como á decretar la propia cesantía del empleado que á tal extremo llevara su atrevimiento; así no es raro ver á hombres curtidos en la ciencia, médicos afamados de reconocida pericia y de gran probidad, puestos servilmente á los pies de la beata zafia é inculta que los levanta ó los arrastra á su capricho como muñecos de un pim, pam, pum.

Por lo demás, este escándalo ha venido á demostrar lo que todos tenemos ya olvidado; que tanto los enfermos de los Hospitales como los asilados en cualquiera de los Centros benéficos servidos por gente de Iglesia, no son otra cosa que un pretexto para medrar á su sombra los vampiros que andan á su alrededor.

Sin que esto quiera decir que existe motivo alguno para exigirles, tanto al fraile como á la beata, un trato más humano con sus semejantes.

¿Qué caridad ni que altruismo puede esperarse del que, para dedicarse á estas lucrativas profesiones, empieza en la mayoría de los casos por abandonar á sus propios padres en la indigencia?

E. GIMENEZ MONROY

Julio 1913.

Leales y apóstatas

Hace cuarenta y un años un distinguido periodista, decía, refiriéndose á uno de los hombres de la Revolución de Septiembre:

«La Revolución ha muerto. La Revolución ha sido asesinada por mano traidora y alevé.»

Esto mismo pudiéramos decir nosotros ahora, refiriéndose á unos hombres, hasta ayer titulados republicanos.

«La causa de la República ha sido herida por una mano traidora y alevé.»

¿Quién es é? ¿Para qué nombrarlo?

Podríamos, recordando la enérgica campaña de los diarios republicanos, animatizarle y reiterar nuestras censuras contra tan inicuo é indigno proceder, pero qué se consigue con ello, ni qué falta hace? Tiempo tendremos y ocasión habrá de hablar de cosas y hechos relacionados con ese acto de apostasía.

Ahora, como en todo momento, lo procedente es definir, una y mil veces, para que el pueblo no lo olvide, lo que es el régimen, al cual van á prestar su concurso los traidores y qué simboliza la República, objeto de esas apostasías y traiciones. Así resaltará más el alcance de la conducta de esos hombres.

La historia de los reyes y emperadores —dice Canoura— es la de los grandes crímenes de lesa humanidad, de las horribles matanzas, de las sacrílegas violaciones del derecho de gentes, de las luchas sangrientas, y de las horribles batallas.

La historia del poder hereditario es la inhumana ley de castas, de la que salió el sudra, el paria, el ilota, el vasallo. Es la de la esclavitud del pueblo, encerrado en un estrecho círculo de hierro sostenido por la inmoralidad y la injusticia.

El poder en el régimen monárquico son los destierros, los estados de sitio, la guerra, la esclavitud, el despilfarro, la tiranía; en una palabra, el privilegio.

Los pueblos regidos en esa forma han sido y son de continuo vejados, esquilados y empobrecidos.

Con las monarquías no hemos tenido ni grandeza, ni magnanimidad, ni heroísmo, ni genio, sino para ser víctimas del monopolio, del odio y la desigualdad.

Porque esto representan las instituciones reales luchamos y lucharemos contra ellas.

La República sería, como lo es por ejemplo en Suiza, la igualdad de derechos, el bien de todos, el amor de todos. El ideal que defemos es la paz, el orden y el reinado de la justicia. Es la libertad, la fraternidad, la felicidad y el bienestar.

Con la República no veríamos á nuestro ejército entregando su sangre en África, á donde lo han llevado los gobiernos sin otra mira que el negocio del potentado.

El trabajo sería lo único respetado y santificado, desapareciendo la explotación denigrante en las minas, como las de Riotinto, Almadén y de otros puntos.

Porque la República representa esa igualdad y ese bienestar, luchamos por ella sin que desengaños y traiciones de otros hombres amengüen nuestro entusiasmo.

Los tráfugas, elementos de talento privilegiado, conocen tanto como nosotros, ó mejor, las diferencias que señalamos entre monarquía y república, pero pueden, más que las convicciones, las ansias de mandar, aunque tengan que asaltar el Rubicón entre la rechifla de los consecuentes y de los leales.

Puede que para salvarse intenten fusilar, deshonorar y hasta sepultar al pueblo bajo masa de sangre y tierra, pero ni esto ha de salvarles y caerán con estrépito envueltos en los escombros del armatoste que apuntalan y embadurnados con el cieno de su propia obra traicionera.

Los que sin sus talentos, pero con más corazon, continuamos frente al enemigo de siempre, no podemos, no olvidaremos jamás, al pensar en ellos, que por la república murieron Guillén, Carvajal, Belenguier, Villacampa y centenares de correligionarios, cuyos nombres hacen resaltar más y más la importancia de la deserción.

No queremos monarquías. Queremos el gobierno del pueblo para el pueblo, ese gobierno barato, que invierte el producto del sudor del proletario en acrecentar la riqueza y el bienestar del país.

Si los apóstatas prefieren lo que simboliza miseria y ruina, allá ellos. Arrieros somos y por el camino del batallar andamos todos. Si nos encontramos frente á frente ya nos entenderemos.

El Clamor

Castellón

La moral conservadora

Desde hace algún tiempo, desde que los conservadores españoles perdieron todo popular por sus torpezas y por sus disparates políticos, han tomado la postura de aparecer como hombres austeros é intachables y atacar de inmorales y de corrompidos á los liberales.

No parece sino que el favor, el compadrazgo, la inmoralidad, el agio, han comenzado en España desde que los conservadores cayeron del Poder hace tres años.

La cosa tiene gracia. Si se pudiera hacer una investigación acerca de los medios de vida y de las fortunas—imposible en una sociedad como la actual—no sería muy difícil de demostrar que si la moral no es patrimonio de los liberales, tampoco lo es de los conservadores.

Yo, por mi parte, no aseguraré que la virtud esté entre los liberales, ni entre los radicales, ni aun entre los socialistas, pero tampoco creo que se halle vinculada en los conservadores, en los capitalistas ó en los negreros enriquecidos.

Se puede ser desarrapado y granuja y se puede ser millonario y granuja; se puede ser desarrapado y buena persona y millonario y buena persona.

Entre la moralidad liberal y la moralidad conservadora no hay más diferencia que la del taparrabos. Entre los conservadores esta prenda pudorosa tiene un poco más de tela; pero no mucho más.

A pesar de la supuesta corrupción liberal, mayor en esta época que en ninguna otra, según los mauristas, los conservadores no se han lanzado nunca á la plaza á limpiar la podredumbre. Ellos podrían decir á los liberales: Vamos á hablar claro; os vamos á desnudar ante la opinión; vamos á hablar de vuestros negocios, de vuestros compadrazgos, del secreto de vuestros bufetes, del origen de vuestras fortunas.

Pero si esto fuera posible, la réplica vendría inmediatamente, y ¿quién quedaría peor? Ya lo veríamos. Cada partido sería un montón de basura, una urdimbre de inmoralidades, de chanchullos, de corrupciones, de vilezas.

Y el asegurar esto no es pesimismo ni declamación, es así, porque es imposible que sea de otra manera. Los hombres probos, honrados que no piensan más que en su conciencia, no pueden prosperar en la política, ni son útiles, ni sirven para nada.

Es necesaria una cierta cantidad de desaprensión, de ambición, de deseo de gloria para triunfar. Esto es lo menos malo que se necesita.

Si Maura, á quien sus parciales quieren pintar como hombre austero y justo, lo fuera, ¿cómo aceptaría el ser académico cuando no lo es, por ejemplo, «Azorín»? ¿Es que cree comparable su prosa oscura y pedantesca con la prosa clara, limpia, elegante de su subordinado y ensalzador?

Seguramente que no. ¿Es que cree Romances que tiene más motivos para ser académico de Bellas Artes que Sorolla? No, pero lo es. Y si nosotros vemos la injusticia de estos hombres en una cosa transparente como la literatura ó el arte, ¿vamos á creerlos íntegros en la esfera de la política?

Aun dejando este punto, aun suponiendo

do que todos los conservadores fueran, sólo por el hecho de serlo, honrados y de buena fe, se podría asegurar que no les podía ser posible realizar esa justicia de que tanto hablan y llevar á la vida esa moral de que carecen.

Y no sería posible realizar la justicia, primero, porque cumplir la ley no es realizar la justicia; segundo, porque no hay país en el mundo en donde se pueda cumplir estrictamente, íntegramente la ley.

Que cumplir la ley no es realizar la justicia es indudable, y menos en la política, en donde se puede dar el caso de un sublevado como Martínez Campos, elevado á la categoría de grande hombre, honrado con una estatua á su muerte, y un sublevado como Sánchez Moya, fusilado.

Entre uno y otro no hay más diferencia que el éxito. De ahí la torpeza, la inconsciencia, la falta absoluta de sentido humano y de sentido revolucionario de Lerroux, al aceptar como bueno el fusilamiento del fogonero del «Numancia».

Si la justicia es la ley, y cumplir la ley siempre es realizar la justicia, entonces ¿en qué se diferencia el conservador del progresista? El revolucionario no tiene más remedio que creer que la justicia no es la ley; por eso tiene también necesariamente que ser partidario de la benevolencia en todo delito de carácter altruista, social, en sentido reaccionario ó anarquista.

La segunda parte de la proposición, es decir, que en ningún pueblo del mundo se puede cumplir íntegramente la ley, también es evidente. Hay una clase de delitos comunes: robos, estafas, asesinatos, que en todos los países civilizados tienen una sanción automática, á pesar de las excepciones producidas por las recomendaciones del caciquismo, etcétera. Pero en los demás casos no hay tal automatismo. Las penas y los indultos son completamente oportunistas.

Hablaba yo un día con Emiliano Iglesias en la redacción de *El Radical*, de Zurdo Olivares, y le preguntaba:

—¿Cómo Zurdo Olivares, que tomó una parte tan activa en la Semana Trágica de Barcelona, pudo salvarse?

—La salvación de Zurdo se debió indirectamente á mí—me dijo Iglesias.

—¿Hombre!

—Sí.

—¿Y por qué?

—Verá usted. Estaban desglosados nuestros tres procesos: el de Ferrer, el de Zurdo y el mío. Alguien, con bastante influencia para ello, por simpatía hacia mí, consiguió que mi proceso no se desglosase y como era un poco descarado hacer esto sólo conmigo, se hizo también lo mismo con Zurdo Olivares, y gracias á la manobra, se salvó de ser fusilado.

—¿De manera que si usted no llega á tener un paisano influyente, ustedes dos hubieran quedado en los fosos de Montjuich?

—Con seguridad.

Esto pasaba en plena dominación conservadora. Casos semejantes ocurrirán siempre. Hasta en el valle de Josafat es posible que haya buenos padrinos.

Hay hombres que creen que los esfuerzos de la humanidad han tenido por fin el producir el estado social presente. Según ellos, este estado no puede mejorar, y consideran su organización tan perfecta, que sus leyes, sus fórmulas, su disciplina, son para ellos sagradas é inmutables. Entre estos hombres están Maura y los conservadores y, al parecer, también Lerroux, que tanto respeto tiene por la disciplina.

Hay otros, en cambio, que consideran que todo el articulado legal es un andamiaje modificable, que lo que hoy se llama justicia mañana se puede considerar como barbarie, y que más que mirar á la regla del presente hay que poner la vista en la claridad del porvenir.

Puesto que no se puede llevar á la práctica el automatismo legal, y menos en delitos políticos, puesto que las posibilidades de indulto están en las manos de los hombres públicos, vale más pecar por piedad que por severidad, vale más faltar á la sanción legal indultando á una bestia repulsiva y sanguinaria, como el *Chato de Cuqueta*, que fusilando á un perturbado como Clemente García ó á un iluso como Sánchez Moya, cuyas manos estaban limpias de sangre.

Ya hace tiempo que se dijo que las leyes son como las telas de araña, que detienen á las moscas pequeñas y dejan pasar á los moscardones.

Los conservadores, muy severos, muy rígidos para las moscas pequeñas, son muy amables con los moscardones.

Esta es para ellos la fórmula que, naturalmente, no se han formulado, pero que llevan á la práctica: severidad y dureza con el débil; suavidad y lenidad con el fuerte. Esta es la moral y esta es la justicia conservadora.

PÍO BAROJA

El poder de la oratoria

Un predicador inglés fué atacado por un toro bravo al atravesar una pradera y trepó á un árbol.

El toro se pasó una hora mirándolo y bufando al pie del árbol. El predicador se puso á rezar, sin que las oraciones conmovieran ni al toro ni al Padre Eterno, tal vez distraído en aquellos instantes.

El toro, por su parte, no quiso ser menos, y se echó al pie del tronco mirando siempre al pobre sacerdote con ojos terribles.

De pronto el ministro de Dios tuvo una idea luminosa, tal vez recordando á San Antonio: se puso á recitar su sermón del domingo.

El efecto fué maravilloso: al poco rato el toro dormía como un bendito, y el predicador pudo bajar del árbol y salir como una exhalación hasta la aldea próxima.

LA CASTIDAD

Hermano Nibardo: Ante mi conciencia no has cometido delito alguno; sólo una falta; yo no te considero un criminal, sino un cochino cuando hiciste ese voto maldecido por Dios en el capítulo 1.º del Génesis; estabas débil de cuerpo y alma ó eras un farsante. Si lo primero, debistes esperar al pleno desarrollo de tu juventud. Cuando llena de robustez y vida tu carne te atacara con sus avasalladoras tentaciones, entonces podías medir tus fuerzas y ver si el alma era capaz de vencer la carne, y si lo era, jurar castidad, porque tendrías el valor de ser casto; pero si débil, no llegaste á concebir lo bruta que es la carne y pisaste ignorantemente, aunque en religión, el que ignorantemente peca así, lo llevan los demonios, para mí estás discul-

pado, prometiste lo que no podías cumplir.

Ahora bien; si al jurar castidad tu alma había calculado que podías impunemente satisfacer los deseos carnales y engañar al mundo, entonces eres un asqueroso reptil, merecedor de ser aplastado con una galleta herrada, calzada en pie de gruesa Cestina.

Los de tu calaña te defienden callando y ayudando tu huida; la prensa de tu credo calla porque teme parodiarse á Balaán. ¡Ah! Si se hubiera tratado de un liberal, entonces caería sobre él el lenguaje más despectivo y canallesco del Diccionario, para venir á pedir la destrucción completa del monstruo, el aniquilamiento de tal demonio; pero, hermano, llevas un traje que si te lo arañan quienes lo visten parecido, se lo destrozán á sí mismo; por eso, ni Balaán ni su burra dicen palabra.

Nibardo, yo te perdono: tú no eres el malo; la mala es esa promesa que brutalmente obliga á jurar la Iglesia á hombres jóvenes, que luego llenos de comodidades, de salud, juventud y vida, no pueden cumplir promesa antihumana, antisocial y anticristiana; promesa que al ir contra natura, compromete al individuo. Quiere la Iglesia hacer castos cenovitas y produce sensuales concubinatos.

Para que la carne no se rebele, es necesario martirizar la carne, huir de la carne, dominar la carne.

Yo he visto eclesiásticos disfrazados, en la calle, en el teatro, en el tren, en los toros, en... los veo con frecuencia servidos por hermosas, robustas y jóvenes amas, únicos habitantes de la casa rectoral; yo estoy convencido que esos hombres viven en continuo peligro si no en continuo pecado, y aun cuando la Iglesia diga que son santos, la sociedad que vive y se mueve alegremente en la calle, como lo que se desarrolla triste y pobremente en el Hospicio, dicen que no.

Quien oprime el vapor produce explosión, quien aprieta la burra revienta la cincha, quien impone castidad produce sodomía; ¿es verdad, hermano Nibardo?

¿No calculaste que los niños son ventanillas para la calle?

¿Acaso te daba más palpar las nalgas á un chico, que á una buena moza? ¿Por ventura, no tenías proporción de hacerle caricias á ésta?

Para el hombre que no puede ó no quiere ser casado y que no resiste sin peligro de su salud, ó no domina con el alma los deseos de la carne, hay una santa casa á cuyas moradoras cantó Espronceda en inspiradísimas estrofas, porque ellas han hecho muchas obras buenas á la humanidad y ésta, desgraciada, la llama despectivamente prostituta.

Allí debiste ir, hermano Nibardo; allí, ni escándalo ni perjuicios; allí encontrabas una mujer cariñosa como una novia, llamada como un confesonario, cumplida como una dama, dócil como una esposa; allí hubieras encontrado abundante y fría agua que apagase el intenso fuego que te devoraba, purificado tu carne, satisfecho tus deseos y para el mundo seguirías siendo un santo varón; ¡ah tonto! ¡ahora sabes tú, que el mundo, como es miope, sólo ve la superficie, las apariencias y por ellas juzga, diferenciándose de Dios que ve y juzga los corazones?

Para ante Dios que te vió luchar y caer serás un mártir; para ante los hombres que te vieron escandalizar, eres un pestilente monstruo.

¿Que cómo íbas á gozar con la salvadora de que te hablo? No seas bobo, el hábito indica al monje; vestido de luces, como «Machaco», te tomarían por un torero, y un torero ó un militar en esas casas, no llama la atención; fuiste un bárbaro, sufre las consecuencias.

FRA-BRON

(La Verdad, Astorga)

Decreto importante

Las instituciones benéfico-docentes

La *Gaceta* del 11 de Julio publica un real decreto del ministerio de Instrucción pública, por el que se crea un organismo encargado de atender al funcionamiento de las instituciones de carácter benéfico con finalidad docente.

Su parte dispositiva dice así:

«Artículo 1.º Se crea un Patronato central, encargado de auxiliar al Gobierno en el ejercicio del Protectorado en las instituciones benéfico docentes, que se constituirá con nueve vocales que nombrará el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y del cual formarán parte el rector de la Universidad Central ó el decano de la Facultad de Derecho, el director general de lo Contencioso del Estado ó subdirector en quien delegue, especialmente, el decano del Colegio de Abogados de Madrid ó el diputado primero del mismo, el director general de Primera enseñanza, el presidente de la Audiencia de Madrid y cuatro vocales más designados libremente, formando parte del mismo como vocales natos el subsecretario y ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que ejercerá las funciones de presidente, siendo sustituido en concepto de vicepresidente por el subsecretario.

Art. 2.º Dicho Patronato se reunirá todos los meses en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y siempre que lo estime preciso el ministro.

Art. 3.º Corresponde al Patronato:

A) Proponer las visitas de inspección que estime necesarias á los establecimientos y fundaciones de beneficencia docente.

B) Proponer las reformas que crea procedentes en la legislación relativas á dichas fundaciones.

Art. 4.º Corresponde asimismo al Patronato informar al ministro:

A) En todo lo relativo á agregación, segregación y modificaciones de las fundaciones benéfico docentes.

B) En la aplicación de fondos sobrantes ó de objetos caducados en las fundaciones docentes particulares á otros servicios inexcusablemente de carácter escolar.

C) En la inversión de fondos destinados á constituir un establecimiento benéfico-docente cuando no se hubiese expresado por el fundador qué parte de los mismos haya de emplearse en su sostenimiento y sobre aplicación de herencias, legados y donaciones cuando no conste expresamente la inversión que haya de darse á dichos bienes.

D) En la aprobación de la investigación de bienes y valores pertenecientes á las instituciones benéfico docentes.

E) En la destitución de patronos administradores de fundaciones particulares de

beneficencia docente y Juntas de Patronatos, cualquiera que fuera su nombramiento.

F) En las competencias que se susciten sobre el conocimiento de los expedientes de investigación.

G) En los expedientes sobre autorización para vender bienes inmuebles no amortizados, para convertir en títulos al portador las inscripciones intransferibles y para enajenar los demás valores representativos de capital, cualquiera que fuere su procedencia.

H) En la aprobación de los reglamentos que las Juntas y Patronatos deban formar para su régimen interior.

I) En cuantos asuntos lo estime procedente el ministro.

Art. 5.º El ministro de Instrucción pública y Bellas Artes podrá nombrar, siempre que lo estime conveniente, un comisario especial para atender y dirigir cualquiera institución benéfico docente que por su importancia ó condiciones especiales requiera atención especial por parte del Protectorado.

Art. 6.º Será secretario del Patronato un abogado del Estado. Habrá también, cuando exista consignación para ello, el número de funcionarios, y de empleados subalternos indispensables, que nombrará el ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.

Dado en Palacio á diez de Julio de mil novecientos trece.—Alfonso.—El ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, Joaquín Ruiz Jiménez.»

En una caricatura *L' Asino* representa á un mendigo harapiento que extiende la mano hacia un canónigo muy panzudo —¡Una limosna, señor; no he comido en todo el día!

—Pues ha hecho usted obra santa; y no seré yo, ministro de Dios, quien le haga á usted quebrantar el ayuno.

¿A QUIÉN SE LO CONTAMOS?

La Casa Correos es un pudridero

Decimos «un pudridero», y no exageramos. Estamos acostumbrados á llamar las cosas por su nombre, y por eso aplicamos este título á la actual Administración de Correos de Barcelona.

Pero, ¿á quién se lo vamos á contar? ¿Al Ayuntamiento? ¿Al Alcalde? ¿Al Gobierno? ¿A los diputados? ¿Al público? Verdaderamente, no sabemos ya á quién dirigirnos.

Decimos esto, porque estamos hartos de cantar sin que se nos quiera oír. Y esto, además de ser una descortesía, subleva el ánimo...

En España, después de gastar los millones en guerras fratricidas, no ha habido dinero para dotar de edificios para Casas Correos á las principales poblaciones de nuestra nación.

Sólo en Madrid—que bastante lo necesitaba—se está terminando el edificio que ha de ser Casa Correos. Barcelona podrá envidiarle ese moderno edificio, dotado de verdaderas esplendideces...

En las demás Carterías, particularmente en la de Barcelona, donde son centenares los empleados, el trabajo es imposible por falta de local. ¡Aquí donde hay tantos conventos!

Ello es debido á que son casas alquiladas, sin condiciones para este servicio, y también al progreso del Correo y á los aumentos—escasos si se tienen en cuenta las exigencias cada día mayores del servicio—de personal.

Esos locales, faltos de oxígeno, con el continuo polvo que se desprende de la correspondencia, la atmósfera húmeda—como ocurre en la Cartería de Barcelona—, son verdaderos focos de enfermedades que causan grandes estragos en el organismo de los carteros, abrumados ya con el constante ajeteo.

El trabajo es grande, el local, además de insuficiente, inadecuado; por todos lados se ven montones de correspondencia. Hasta los carteros parecen montones de carne revolviéndose bajo la luz eléctrica, oscurecida por una atmósfera viciada...

Así no es extraño se adquieran un sin fin de enfermedades. Y así se muere... cada día un poco, entre el enrarecido, infeccioso, putrefacto ambiente de la Casa Correos de Barcelona.

Pero, ¿á quién se lo contamos?...

JUAN CATALAN

ARTÍCULOS FIAMBRES

Explicación

A MARIANO CUBER

No sólo usted; todo republicano inteligente puede, siempre que quiera, interrogarme acerca de los móviles de mi conducta. Como nunca entra en ellos idea personal ni mezquina, no tengo para qué ocultarlos.

Vivo realmente, como usted dice, lejos de todo pandillaje, *solo*; á esto quizás se deba el que continúe ocupándome de política. Tales vahos de miserias morales llegan á este rincón, que me digo: «muy mal debe respirarse por ahí fuera», y me encariño más y más con mi aislamiento. De no ser así, acaso habría dicho ya: «Otro tall».

Voy á contestar con alguna extensión á la *Carta abierta* que usted me ha dirigido en *El Mercantil Valenciano*. Aprovecho de vez en cuando estas ocasiones para desahogarme. Sin esta válvula la máquina estallaría.

Comencemos.

EL POR QUÉ

No se explica usted el *por qué* de ciertas campañas mías. Le explicaré yo el de todas: allanar los obstáculos que se oponen á la venida de la República. ¿Encuentro un barranco en mi camino? A rellenarlo. ¿Un ribazo? A destruirlo. ¿Una montaña? A volarla. Esto me ha costado mucho, pero me ha dejado una tranquilidad grande y un orgullo desmedido, insupportable á ratos. Lo sé sin necesidad de que los necios me lo recuerden.

Tengo una idea mediana de mí cuando me juzgo; quizás me tase en menos de lo que valgo. Pero cuando me comparo, ¡oh! cuando me comparo le aseguro á usted que miro con desprecio á muchos queridos correligionarios de los de arriba, de los de enmedio y de los de abajo. ¿Por lo que he hecho? No. *Por lo que he dejado de hacer.* Y el día que me obliguen á decir lo que he dejado de hacer, quedarán retratados varios, sin nombrar yo á ninguno. En política es lo único que he sacado: poder hablar claro. Que ya es mucho. No lo cambiaría por cuanto otros hayan podido sacar. Se paga muy caro, mas después de adquirido, vale un tesoro.

SOBRE LO MISMO

La justificación de mis campañas está en los resultados. En ese periódico en que escribe, todos sus redactores, usted mismo, han lanzado más de una vez rayos de justa cólera contra los directores de la política republicana. ¿Qué importa que en muchos casos no hayan estampado sus nombres, procedimiento peor que el de señalar la persona, pues da lugar á que cada cual extienda á todos el reproche que acaso únicamente merezcan unos cuantos? Y los resultados de mis campañas no pueden ser más evidentes. Dije que no alcánzariamos la República desunidos, y sin ella estamos; que las rivalidades de los jefes harían infructuosos los sacrificios para llegar á una inteligencia franca, leal, y tanta razón tenía, que aun después de muertos siguen proyectando algunos sobre sus respectivos partidarios sombras de enemistades y recelos.

UN ERROR

«Que por qué yo, predicando como única salvación para la patria y para el partido la unión de todos los grupos republicanos, no acorto las distancias por medio del cariño, en vez de agrandarlas por el odio.» Esto me dice usted, y siento que me lo haya dicho, porque me obliga á hacerle este argumento: Si en una ciudad, esa en que usted vive, ha sido y es imposible unir á todos los republicanos por el *cariño*, ¿iba á intentar yo unir á los de toda España, que no se conocen en su mayoría? La política no es amor al prójimo. Puede serlo á la patria, al ideal... Al prójimo no. Así es que no me ha parecido prudente intentar una empresa en que el propio Cristo fracasó.

La palabra *odio* no la recojo, porque no sabría dónde colocarla; mas si aprovecho la ocasión para decir: «Jamás he combatido por odio á ningún republicano. Podría citar muchos casos en que he elogiado hoy al que censuré ayer. Y diré más: ninguno de los censurados me ha odiado tampoco. Tengo pruebas.

El defecto más grave que me reconozco en política es el de no saber odiar, ni aun convencido de que el odio es indispensable á todo hombre que lucha, porque centuplica sus energías.

Y no odio, porque nadie me estorba

para avanzar ni ocupa un puesto que yo desee. Y acaso también por orgullo: se odia lo que está muy alto, lo que se envidia; y yo envidio poco en política.

Es bien fácil convencerse de que es cierto cuanto digo: que se me «exija entenderme con el hombre que más motivos me haya dado para odiarle, y como la causa republicana salga ganando algo, maldito el reparo que opondré.

PRUEBA AL CANTO

Hay en mi vida política estos dos hechos de que me envanezco.

Combatí como ningún republicano á Castelar. Pero llegó un momento en que él, ante las desventajas inmensas que sobre la patria cayeron dió señales de resurgir á la vida republicana, y entonces yo, olvidándome de lo que había sido y viendo que nuestros hombres nada intentaban, le dije: «Traiga usted la república y no se la perturbaremos los que como yo pensamos, por conservadora que sea. Lo importante es cicatrizar las heridas de la patria, impedir su completa ruina, apartar de ella tantas vergüenzas.»

El otro hecho es el de ahora.

La resistencia constante de Salmerón á declararse francamente partidario del hecho de fuerza, me obligó á ponerme en ocasiones frente á él y á combatirle hasta con saña. Pero pronuncia el discurso de Almería rectificándose en este punto; y yo, que por quinta vez venía trabajando para conseguir la reunión de la Asamble, dije: «ese es mi candidato». Esto demuestra que yo nunca juzgo ni combato á los hombres por ser quienes son, sino por sus actos; lo que no les ocurre á los que me censuran. Que mañana Melquíades, á quien usted defiende y yo combato, se coloque en el terreno á que le llaman su talento, su ilustración y su juventud, y el primer aplauso será el mío; ocupe un puesto en la vanguardia de los que luchen por traer la república de la única manera que puede venir... Y después... Después ya veremos. Como ya le he dicho, puede ser que lo dejase yo atrás en conservaduría. Tengo muchos deseos de ser conservador... de la república.

MI LEYENDA

Sí, tiene usted razón; ha habido, hay y habrá correligionarios que han visto, ven y verán con disgusto y desaliento mis campañas; cada cual tiene preferencias ó simpatías por ser hombre ó aquel; algunos hasta tienen ídolos; y es muy natural que todos esos encuentran mal lo que hago. ¿Mas debo por esto callar lo que crea conveniente á la consecución del fin que perseguimos? No sería entonces quien soy, sino otro diferente, y no hubiera tenido el gusto de saborear los elogios que usted ha hecho de mí, precisamente por ser como soy.

Se ha dado á mis campañas un alcance que no han tenido, desgraciadamente para mí. No; yo no he derribado nada que no estuviera en ruinas; yo no he arrancado árbol alguno de raíz; no he hecho más que empujarlo. Y esto justi-

fica la frase «desgraciadamente para mí».

Porque si así no fuera; si yo, solo, con un periódico semanal, hubiera hecho lo que algunos me atribuyen, destrozando al partido republicano, un partido en el que figuraban al fundarse El MOTIN hombres como Castelar, Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Zorrilla, cada uno con prestigio y talento grandísimos, brillante y numeroso Estado Mayor y masas poderosas, jamás se habría dado en la historia injusticia tan grande como la cometida conmigo no otorgándome el puesto que me correspondía: el primero; por derecho de fortaleza y hasta por derecho de conquista. ¿Qué no hubiera hecho, bien secundado, el hombre que solo había llevado á feliz término tan colosal empresa?

Mas lo repito: no ha sido así. Yo sólo he hecho lo siguiente: decir en alta voz lo que casi todos se decían al oído.

SEAMOS SINGEROS

Los que han echado á perder al partido republicano no son los que, cual yo, exponiéndose á perderlo todo sin ganar nada, han combatido cara á cara á los hombres que no respondían á lo que el deber y las circunstancias demandaban de ellos; no.

Quiénes lo han perdido son los que, creyendo lo mismo que yo, han callado por conveniencia propia; los que conviniendo conmigo en todo al hablar en secreto, obraban en público como si distinguieran de mi opinión; los que á título de disciplinados han contribuido á que el mal se agrande y se perpetúe; los que han hecho política ya de partido, ya de región, ya de provincia, ya de ciudad, ya de barrio; los que han aquilatado y ajustado y regateado de antemano lo que iban á ganar en cada coalición ó en cada unión, ora en influencia, ora en cargo, ora en predominio.

Esos, esos son los que han echado á perder el partido; no yo infeliz de mí! que por no ser nada, ni siquiera he sido vocal de un comité de distrito. Y á mucha honra.

MI ESTILO

Es el que todos emplean en las grandes solemnidades.

En esta labor ruda de más de un cuarto de siglo, en que el desengaño ha ido siempre pisándole los zancajos á la esperanza; en esta lucha en que ha sido á veces imposible distinguir al amigo del adversario; en este hervidero de pasiones nacidas al calor de las torpezas cometidas el 73 y alimentadas luego religiosamente por los que ni supieron gobernar entonces ni vencerse á sí mismos luego, pasiones que nos inocularon á todos, ¿quién que haya esgrimido la pluma ó movido la lengua puede en justicia echarle en cara á otro ni la rudeza del ataque ni la crudeza del juicio? ¿Quién no le ha dicho *raca* á un jefe ó á un cacique? ¿Quién, equivocándose á ratos y á ratos acertando, no ha sentido y satisfecho la necesidad de dar salida á lo que en su

pecho llevaba, aun rebasando los límites de la conveniencia? ¿Y quién al verse injustamente juzgado no condensó en una frase su cólera y la arrojó sobre la frente de los incapaces y de los miserables? Y hablo de los mejores, de los que se indignan noblemente y luchan cara á cara; no de los que, hipócritas ó cobardes, han infamado en la sombra tirando la piedra y escondiendo la mano; de los que á la luz del día predicaban fraternidad y concordia, y en la sombra atizaban fervorosamente la hoguera del odio.

UNA TORPEZA

«Que no está el partido republicano sobrado de hombres prestigiosos.» Claro que no. ¿Pero sabe usted por qué? Porque en cuanto alguno ha despuntado, ha hecho lo que Melquiades pretende ahora: formar un grupo; y como para esto hay que cabildar y que transigir y que intrigar, ellos solos se encargan de inutilizarse. Si Melquiades llega al Congreso y con su elocuencia y talento indiscutibles deja al tiempo el cuidado de colocarle en el puesto que merece, hoy fuera tan prestigioso como el que más. Pero le embriagaron tanto los aplausos, que creyóse ya en condiciones para intentar lo todo: imitar á Castelar, formar un grupo, desviar del radicalismo á las masas. Y le resultó lo que era lógico, que se aisló, y hoy no es más que un republicano á quien los monárquicos se atreven á ofenderle casi á diario carteras y otras mercedes. Ha sido realmente una lástima que se haya puesto tan pronto en entredicho. Deshaga lo hecho y le apludiremos. Yo el primero.

MI PROPÓSITO

Yo no dudo ni del talento ni de la honradez de Melquiades; pero ¿es que acaso en política basta con tener esas dos cualidades si no van acompañadas de la prudencia para resolver y de la energía para ejecutar? Hombres de talento y de honradez ha habido varios en España, entre los republicanos especialmente, y no obstante ya ve usted cómo nos vemos. Es la política arte que requiere, en primer término, un golpe de vista certero para medir la distancia en los saltos, y á Melquiades le ha faltado ese golpe de vista. Se ha olvidado de que no por mucho correr se llega más pronto, y su impaciencia le ha llevado al extremo de intentar una nueva división: la de gubernamentales y radicales. Y esto, que sería absurdo siempre, lo es más ahora que tratamos de reunir y unir las fuerzas dispersas.

Yo no trato tampoco de desprestigiar á Melquiades ni de restarle simpatías; lo que hago es salirle al paso para que no introduzca en el partido esa división nueva, para que no construya su ermita ahora que estamos echando los cimientos de la catedral de todos.

Yo no sacrifico ni á las simpatías, ni al compañerismo ni á la amistad lo que creo justo y verdadero. Para no retroceder mucho, recordaré sólo dos casos recientes.

Cuando varios diputados jóvenes dieron en mostrarse demasiado amables con los anarquistas, les manifesté escuetamente mi opinión en contrarío; y cuando en Mayo, días antes de la coronación del rey, salieron por esos mundos en propaganda revolucionaria, impropia por lo tardía, ineficaz por lo aislada y ridícula por lo impotente, los satiricé con más dureza que á Melquiades ahora.

MAS EXPLICACIONES

Yo he visto á Melquiades Alvarez recorrer desde el 88 acá casi toda la gama del republicanismo: zorrillista, salmeroniano, y gubernamental ahora con aspiraciones á formar un partido; y aun cuando encuentro justificado que en política se rectifiquen los puntos de vista, y más si se comienza á la edad que él, me parecen muchas rectificaciones en tan poco tiempo. ¿Quería ser gubernamental? (Admitiré la absurda palabra en su sentido conservador). Pues hubiérase arrojado á los que ya lo eran. ¿Pero levantar bandera apartel? Ser el último llegado, y sin servicios, sin sacrificios, y sólo porque habla bien en una tierra donde los oradores abundan, tratar de introducir otra división en el partido! Esto, no digo yo mi artículo *La caricatura de Castelar*, otro de tonos cien veces más violentos hubiera sido necesario para combatir pretensión tan injustificada.

Usted, amigo Cuber, usted mismo ha dado, sin quererlo seguramente, un golpe terrible á Melquiades al decir: «No entiendo qué quiere significar la palabra gubernamental cuando se aplica á un partido que está en la oposición.» Ni yo ni nadie lo entiende tampoco. Y, sin embargo, él ha lanzado esa palabra tan explotada por Castelar, á conciencia de que sólo podía conducir á esto: á dividir la partido más de lo que se encuentra ya. Y no contento con cacarearla en el Congreso, se va ahí, á Valencia, punto en que hay más cantidad de republicanos unidos, y tira las chinas que puede contra los que los unieron y trata de ahondar las divisiones que por desgracia existen. Y esto, á los 28 años de una restauración que nos ha envilecido y arruinado, ó es una torpeza (en cuyo caso Melquiades no vale lo que se dice) ó es algo peor: un propósito de sacrificar al partido en aras de una ambición personal.

LOS INMORALES

«Que la severidad debe guardarse para los que encanallen al partido.» A un partido que ha dado tantas pruebas de honradez como el republicano, lo mismo en el poder que en esta ya larga oposición de 28 años, no puede encanallarlo éste ó aquel individuo, haga lo que hiciera. No faltaría más sino que la honradez de una colectividad estuviera á merced de las faltas de algunos de sus individuos. Las faltas son personales. La infamia colateral no puede admitirse en la democracia.

LA CARTERA

Respecto á lo de que Melquiades ha rechazado varias veces una cartera y otras mercedes, contesto: algo verán los monárquicos en él para insistir: ni aun á la mujer se asedia tanto, si ella no deja la vez primera resquicio alguno á la esperanza. ¿Que vale mucho y por esto desean atraérselo? Vale, sí. ¿Pero es que no ha tenido antes y tiene hoy mismo el partido republicano hombres de valla á quienes no se les ha perseguido con tan feroz ensañamiento?

NO SE IRA

«Que el castigo inmerecido hace malo al más bueno», y que Melquiades pudiera irse, «al verse fustigado por sus correligionarios y mimado por sus enemigos». No; Melquiades no nos abandonará por eso: se estima en mucho para descender tanto. Mas el quedarse no resuelve la cuestión. Recuerdo que ese era el argumento que los posibilistas me hacían: Castelar no se irá nunca con los monárquicos. Y no se fué efectivamente. Mas por esto causó más daño.

CADA CUAL ES QUIEN ES

«Que otros que de puritanos blasonan hubiesen claudicado si llegan los monárquicos á ofrecerle lo que á Melquiades.» ¿Quién lo duda? Pero en ellos, por valer menos, habría sido disculpable en parte. A más valer, más responsabilidad. Insisten él y los que lo defienden tanto en esto, que es hora ya de preguntarle: «¿Qué idea tiene usted de sí mismo y los demás de usted, cuando encarecen de ese modo un acto que arranca del más elemental de los deberes? Respetarse á sí propio ¿es acaso hazaña digna de inscribirse en mármoles y en bronce? Por ese criterio habría que tejer coronas á todo varón que cumpliera con su deber y guirnalda á toda hembra que no faltara al suyo.

CONCLUSIÓN

«Que cese en la campaña personal» me indica cortesmente Cuber. De buen grado lo haría; pero ¿es posible? ¿Hay medio de no tropezar en las personas al defender las ideas? Combatir á quien hizo algo que no aprobamos ¿puede hacerse sin nombrarle? Cuando Melquiades habla de dividir al partido en gubernamentales y radicales ¿debo yo generalizar? No, se me contestará; pero puede usted combatir las ideas sin herir al hombre. Cuestión de *colcreand*, vamos; *colcreand* que nadie usa, en último término y del que todos se olvidan cuando atacan. Repase Cuber la colección de *El Mercantil*, uno de los periódicos más medrados de España, y tropezará con verdaderas enormidades de estilo. ¿Como que las he copiado yo muchas veces!

Créame el compañero á quien me dirijo: en estas luchas á que nos lanza la desesperación de ver que los años pasan y la República no viene, hay que disculpar los arrebatos que no dejan rastro al-



guno. Lo que debe condenarse son los odios reconcentrados, las asechanzas constantes, las siniestras emboscadas de aquellos que se mueven por el interés ó por la envidia; que se mantienen aparentemente serenos pero jamás olvidan ni perdonan; que cubren sus malas pasiones con la máscara del puritanismo ó de la consecuencia; que ponen la sensatez por pararrayos á sus egoísmos; que no serían perdonados por lo que lo fué la Magdalena, por haber amado mucho.

Los que en el apasionamiento de la lucha van alguna vez más allá de lo justo por servir á la justicia; los que jamás calculan lo que van á ganar si se detienen ante lo que van á perder; los que no cotizan la palabra dura ni ponen á réditos la frase sangrienta, esos, créame Cuber, merecen, por lo menos, que nadie dude de sus intenciones.

Y corto aquí.

No dirá el amigo Cuber que no he procurado demostrarle que tengo en mucho su opinión.

1902.

Arma á la funerala

He hecho cuanto he podido para que el partido republicano se curase del vicio de la idolatría; para que impulsara á los jefes á las empresas que les marcaban las necesidades y los deseos del pueblo, y les imponía su deber de republicanos y españoles; he procurado despertar los sentimientos nobles y elevados que impulsan y deciden; me he atrevido á decir en público y con claridad lo que la mayoría se dice al oído; y, con franqueza lo declaro, no he conseguido nada de lo que me propuse.

Así, pues, rendido á la evidencia, suspendo mi campaña.

¿Por qué ocultarlo? Estoy solo, completamente solo; y aunque contando conmigo, cuento con alguien, no llega mi orgullo hasta hacerme creer que puedo variar el curso de las cosas; si alguna vez lo creí, el tiempo me desengañó. No, los partidos reconocen la verdad á veces, se la dicen á sí propios, mas no quieren oirla.

El político tiene que ser sectario: debe creer y confesar todo lo que cree y confiesa el jefe, ó darse de baja. No hemol llegado aún á proclamar como dogma e de la infalibilidad del partido y del que está á su frente, pero en la práctica así resulta. Cada fracción es una Iglesia cerrada.

Quedo, por lo tanto, convicto y confeso de indisciplinado y de perturbador, y ¿seré necio todavía? lo tengo á mucha honra. Hace años escribí un artículo elogiando á todos los perturbadores, á todos los indisciplinados, á todos los excomulgados; ¿quién había de decirme que me elogiaba á priori? ¡Oh jóvenes que comenzáis la carrera política afiliados á los partidos populares creyendo que en ellos todo es discutible, la idea y el credo, las personas y los actos!

Reformad vuestra candorosa opi-

nión, y si queréis subir, renunciad á la fatal manía de pensar, encomendando esa labor al cerebro de los jefes; y si no podéis sustraeros en absoluto á esa manía, guardaos bien de dar á luz vuestro pensamiento, porque en el punto y hora que lo hagáis, estáis perdidos; todas las malas pasiones que fermentan en las entrañas de los que se creen con derecho á juzgaros, todas las torpes acciones de que son capaces, os serán imputadas con la saña de los que no encuentran otro medio de creerse honrados á sus propios ojos, que contribuyendo á que no lo parezcan los que realmente lo son.

¿Queréis un ejemplo, entre mil, de que no ponemos en armonía nuestras obras con nuestras palabras? Allá va. Solicitamos á los militares para que falten á la disciplina, calificando el acto de justo y santo, pero ¡guay del que entre nosotros pretenda quebrantarla! Si las leyes lo consintiesen, lo someteríamos á tormentos más crueles que los que la Inquisición imponía á los herejes. ¡Atreverse á rebelarse contra los jefes! ¡Anatema sobre el miserable! Ni Dante inventó en su Infierno un suplicio bastante á hacer purgar esa falta. El republicano tiene libertad para combatir al rey, al papa, á Dios, pero ¿á un jefe? Ni pensarlo. Son todos sagrados é inviolables por ministerio de la adulación, el egoísmo ó la imbecilidad.

Yo, sin embargo, no suspendo mis ataques por nada de eso, sino porque me he convencido de que es inútil. A los cinco años de combatir sin interrupción, todo continúa lo mismo en el campo republicano, si es que no está peor. Los jefes unidos en apariencia, lo que es más perjudicial que si se manifestaran francamente divorciados; y el pueblo incapaz para la acción, por no haber nadie que se la demande. A nadie extrañará, por consiguiente, que al cabo de tanto tiempo, y convencido de que mis esfuerzos son ineficaces, pacte conmigo mismo una tregua en esto de dar á la estampa mi pensamiento por lo que toca á este asunto; que calle, antes que transigir con la mentira, ó corear al entusiasmo inconsciente ó al cálculo interesado.

He creído varias veces que el pueblo republicano iba á tener un arranque para acabar con los jefes de derecho divino, inamovibles é irresponsables; mas ¡ay! que en cuanto lanzaban ellos un discurso ó hacían una declaración ó lo levantaban de cascos para llevarlo á las elecciones, ó hacían correr en secreto(?) la voz de que se trabajaba en otro sentido, el pueblo lo olvidaba todo, y volvía á ver por los ojos de los jefes y á oír por sus oídos.

Tienen los masones, según dicen, porque nunca lo ful, una fórmula para expresar que no toman parte activa en los trabajos de la orden: *que duermen*. Lo mismo haré yo: *dormiré*, hasta que me parezca bien despertar, procurando en todo caso no continuar imitando á *Don Quijote* en lo de creer que el partido republicano

está necesitado de que yo vuelva á la vida andantesca. Dejaré que los Haldudos azoten libremente á los Andreases, para que luego éstos no se me vengan con quejas; no daré libertad á los galeotes, para que después me apedreen; y que allá se las hayan las doncellas menesterosas y las reinas cautivas, antes que yo me vea molido y descoyuntado por gigantes y malandrines.

¿Me comprometo á callar en absoluto? Ni por pienso. Me reservo el derecho de censura y de elogio para cuando me plazca ejercerlo; de lo que me guardaré, será de hacerlo sin descanso como hasta aquí, contra los que, parodiando á Mr. Guizot, que no quería colegas, sino cómplices, no buscan correligionarios, sino súbditos.

En suma, que suspendo mi campaña, no por dudar de que la razón me asiste, sino por estar convencido de que es completamente ineficaz, mientras el pueblo no se penetre de lo que es, de lo que vale y de lo que puede en las democracias.

1893

Bibliografía

Los editores valencianos señores F. Semper y Compañía nos han remitido siete nuevos libros, que vienen á enriquecer su colección de libros populares.

En la guerra, por Carmen de Burgos.

En el periodo álgido de la guerra con Marruecos, el *Heraldo de Madrid* envió á la autora para hacer información, y cuidarse de la correspondencia de nuestros soldados con sus familias. Allí sufrió las molestias y privaciones de la campaña, y la novela que nos ofrece la ha vivido su autora, y por ello mereció la aprobación de los amantes de la buena literatura. Completan este libro otras novelas, cortas todas, interesantísimas.

Poemas, por Walt Whitman, traducción de A. Vasseur.

El autor es norteamericano y sus obras han sido traducidas á los principales idiomas europeos por la belleza de sus imágenes y sus ideas avanzadas, siendo ésta la primera versión española.

Las mañanas en Florencia (un tomo) y *Las siete lámparas de la arquitectura* (un tomo), por J. Ruskin, traducción de Carmen de Burgos.

Cumplen estos editores el ofrecimiento hecho al publicar *Las pías de Venecia*, de dar en su colección todas las obras de Ruskin, que fué alma de la escuela prerrafaelista, el crítico de arte que puso esta ciencia al mismo nivel que Taine la había puesto en Francia. Todos sus libros se distinguen por su amor al clasicismo, detestando el Renacimiento.

Los anteriores libros se venden á peseta el tomo en todas las librerías

LA RELIGION al alcance de todos

Una peseta

IMPRENTA: LIBERTAD, 31.—MADRID